

**PRETEXTOS LITERARIOS**  
**POR ESCRITO**

---

**7**  
**Aniversario**

---

**No. 41**

[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)





PRETEXTOS LITERARIOS  

---

POR ESCRITO

[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)



PRETEXTOS LITERARIOS  

---

POR ESCRITO

# ÍNDICE

## HABLANDO POR ESCRITO

### RITMOS

<i>Alzheimer</i>	
Arturo Villafranca .....	7
<i>Al día siguiente</i>	
Dave Brennan.....	8
<i>Demente</i>	
Ana Gabriela Banquez Maturana.....	10
<i>La vida no es una romcom</i>	
Dave Brennan .....	11
<i>Sexta arquitectura</i>	
Camilo Mariño .....	12
<i>7:00 am</i>	
Camilo Mariño .....	13
<i>El poeta</i>	
Ignacio Navarro .....	14
<i>Sin título</i>	
Alejandro Magallanes .....	15

### FIRMAS

<i>La pluma</i>	
Fernando Corona.....	16
<i>Lejos</i>	
Cecilia Durán Mena .....	20
<i>Mirada de mojanganga</i>	
Andrea Fischer .....	21
<i>No chive</i>	
María Elena Sarmiento .....	25
<i>Otro pueblo blanco</i>	
Raúl Sanz .....	26
<i>Soñando con una mariposa</i>	
Virginia Meade.....	28
<i>Selenofilia</i>	
Salvador Cristerna.....	33
<i>Un árbol de navidad*</i>	
Imanol Caneyada (FCE, 2022) .....	34

## IMAGINARIO ..... 38

## VOCES

<i>autopista 52</i>	
armand r. ....	40
<i>Bolaño &amp; Bolaños</i> <i>(y Dios quiera que el GNC no me demande)</i>	
Waldo de Esva.....	44
<i>El día que los globos</i> <i>cruzaron por el pueblo</i>	
Fidel Cantú Quintanilla.....	45
<i>El error</i>	
Juan Antonio Díaz Becerra .....	48
<i>El Llanto de Julia</i>	
Charles Elliot .....	49
<i>Escala técnica</i>	
Fabiola Bonilla.....	51
<i>Primer paso</i>	
Mitzy Zylltzel Paredes Galván.....	55
<i>Reflejo</i>	
Fernando Huelgas .....	56
<i>Siempre aquí</i>	
Tania Itzel Yañez López.....	59
<i>Un día en Beirut</i>	
Maggy Otaduy .....	61

# Hablando por escrito

**U**n aniversario más. Hemos sumado siete años desde que se editó el número cero de Pretextos Literarios por Escrito. Celebrar es lo indicado y estamos en tono festivo. La emoción con la que iniciamos esta aventura sigue intacta y no deja de hacerme sonreír la sorpresa que muchos muestran cuando saben que este proyecto ha germinado, crecido y se ha fortalecido en estos años de estar atrapando lectores para nunca dejarlos ir.

Ha sido un buen camino, no cabe duda. Hemos puesto nuestro granito de arena, que en ocasiones parece una minúscula colaboración ya que, si comparamos siete años con los veintisiete mil que tiene la escritura, desde que los primeros pictogramas fueron descubiertos en las cuevas rupestres. También ha sido una proeza, porque contar historias ha sido el pilar fundamental de la comunicación, es una competencia que trasciende al lenguaje, a la cultura y a los límites geográficos. El pensamiento se forja a partir de historias y así es como hemos decidido dar propósito y construir plenitud.

Con nuestras palabras, explicamos el meollo de la vida, dibujamos nuestras realidades, prefiguramos nuestra fantasía, tomamos decisiones, convencemos a los demás, seducimos, tendemos lazos a gente que está al otro lado de la Tierra desde otra dimensión y en definitiva, generamos nuestra propia característica distintiva.

Hemos tenido la oportunidad de construirnos una identidad y de ir descubriendo que no ha habido un sólo día en que no acabara constatando que el gran vértigo que sentimos al iniciar este camino sigue intacto; nos da la misma emoción cada que editamos un número; experimentamos nervios al someter nuestros textos al rigor de la mesa de edición; nos sumergimos en las palabras de los autores y cuando reaccionamos frente a la emoción regente de cada propuesta, la liberamos del yugo del anonimato y la publicamos.

Pretextos Literarios por Escrito ha sido abrazada por la generosidad de narradores, poetas, ilustradores, fotógrafos y en resumen de talento. Muchos estudiantes han iniciado su práctica profesional con nosotros, muchos artistas prestigiosos han compartido su trabajo con nosotros, porque esta revista es de divulgación gratuita y quienes colaboran con nosotros lo han hecho siempre por el amor puro y genuino al arte.

Hoy creo comprender que, ya mucho antes de editar Pretextos Literarios por Escrito, deseaba de un modo casi irresistible darle vida a este proyecto. De esa poética intención, nacieron las alas que le han dado vuelo a esta revista. Tal vez, de otra forma nos estaríamos dedicando a patear guijarros en las calles y a atesorar escritos en la oscuridad de nuestros cajones. Así, nuestra alma narradora se escapa de la condena del más miserable de los olvidos.

Cada número es una propuesta que se construye extrayendo algo de la nada. Al escribir estamos hablando sin que nadie nos interrumpa, estamos inventando lo desconocido con el lenguaje y sus ritmos que con la trama, los

personajes y la intención van tejiendo historias. Algunas son extrañas y nos jalan el interés, otras son cotidianas y nos sentimos identificados, están las que nos inoculan cierta incomodidad que no sabíamos que teníamos alojada en el cuerpo y hay las que nos revelan esa felicidad que no encontraba la puerta de salida. Son todas estas anécdotas que, al recibirlas en nuestra redacción, tienen siempre un punto en común; reúnen las condiciones para ser narradas y hasta nos lo exigen, casi nos lo piden a gritos. Para eso estamos aquí. Por eso lo estamos festejando.

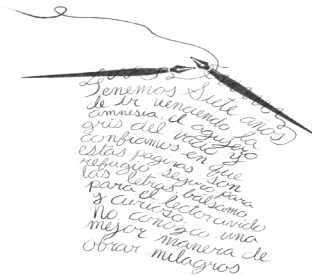
También para recordar. En siete años hay tantos recuerdos y tantas anécdotas que se encuentran en nuestro acervo, algunas dulces y otras nos dejan un sabor acerbo. Este será el último número en el que contemos con la participación de Virginia Meade quien, antes de morir, nos envió el texto con el que quiso despedirse de esta vida, de esta revista y de su maravillosa carrera como escritora y participante en la mesa de edición de Pretextos Literarios por Escrito. Estamos de luto y honramos con agradecimiento todas y cada una de las letras que Vicky nos heredó.

Estos primeros siete años, hemos buscado seducir a partir del lenguaje. Queremos que todos nuestros autores sean leídos y muy leídos y parece que seguimos logrando ese cometido. Pretextos Literarios por Escrito asumió desde el primer día el compromiso de doble vía: con el lector para tener una buena pieza que merezca la pena ser leída y con el escritor, que tiene la intención de encontrarse con esa figura maravillosa que es el mejor lector posible.

Tenemos esa responsabilidad moral que es digna, es alta y nos da propósito. Cualquiera que sea la intención de nuestros autores, cualquiera que sea su búsqueda estética y que con ella logre conmover, aquí tiene un espacio. Aquí damos aliento a lo que aún no existe y está por tomar forma cuando tú, lector querido, pases tus ojos por estos renglones. Eso que no ha existido y que por obra de la lectura, ya está aquí.

Tenemos siete años de ir venciendo la amnesia, el agujero gris del vacío y confiamos en que estas páginas son refugio seguro para las letras, bálsamo para el lector ávido y curioso. No conozco una mejor forma de obrar milagros. Por eso, con ustedes, el número 41 con el que celebramos nuestro séptimo aniversario.

La Editora General



Paloma Niembro

# Alzheimer

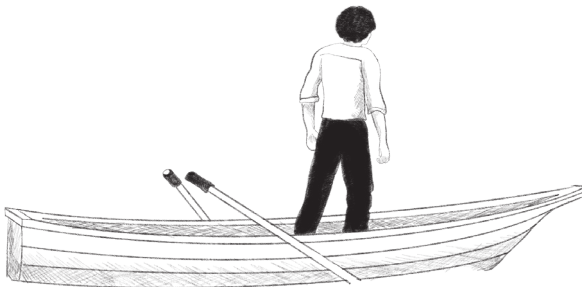
Arturo Villafranca

Enséñame a honrar cada momento a tu lado, a respirarte entera para sustituir el ahora debilitado aroma que dejaste al partir: es éste el último cabo que, pese la tempestad, aún te sujeta a lo más profundo de mi corazón, se tensa en tu ausencia a la proa de este barco que sobrevive a la deriva; desde donde hoy te escribo, te ruego: no desistas.

Instrúyeme en el arte de volver a hacer mía la sensación que brota del privilegio de saberme tuyo. Que sea tu voz la estrella polar que fije el rumbo de vuelta a tus anhelos, para que continúen siendo mi motivo.

Introdúceme a tus manos, a tu boca cuando busque desesperado el poema que es tu nombre; cuando mi rostro, con la mirada perdida en el horizonte, encarne la aficción del olvido. Entonces, como nunca: sujétame; amárrame sin piedad al mástil de nuestra historia; líbrame del canto de las sirenas; apretújame contra tu pecho porque mi vida va en ello.

Sálvanos de mí; sumérgete, rescata la perla: vivo recuerdo; pórtala al cuello como lo más preciado; y, con la esperanza de tenerme a tu lado, susurra a mi oído que todo irá bien. Juro intentar revivirnos mañana... más de lo que pude ayer.



Paloma Niembro

# Al día siguiente

Dave Brennan

Te subes al coche con dos bolsas llenas de tetrapack  
para mandar a reciclar  
no huelen mal.  
Son empaques de leche vegana  
alimento de avena, pues.

Arrancas y pones un remix potente de una canción que acabas de escuchar en  
un concierto.  
Para sentirte en el concierto  
prendes un cigarro  
que, aunque fumaste 15 ayer,  
el de hoy sabe más rico porque necesitas la dopamina y no te dio tiempo de  
masturbarte.  
Un cigarro, 15 microgramos de dopamina,  
inducidos por nicotina.

Qué fácil sería aventarlo por la ventana  
que se pierda en las imágenes disipantes  
pero no, te hiciste una promesa hace tiempo  
nunca volver a tirar una colilla al piso.  
Entonces, dejas que se consuma hasta el final en tus dedos  
*It's better to burn out  
than to fade away*  
Y, el calor en tus dedos, se siente como un apapacho.  
Necesario frente al helado viento de una tarde nublada en la CDMX.  
Le das un toque más aunque sabes que sabrá a puro filtro  
guardas la colilla junto a tus llaves en ese espacio entre asientos.

Le das play a tu canción  
esa que todo el mundo sabe que es tuya.  
Justo a tiempo, en el segundo piso del Periférico  
subes las ventanas  
le subes al aire  
le subes al volumen  
no la cantas a todo pulmón porque no es ese tipo de canción.  
La resbalas por tus labios como si fuera un deseo  
o un grito atenuado de ayuda  
y la reverberación inunda el coche

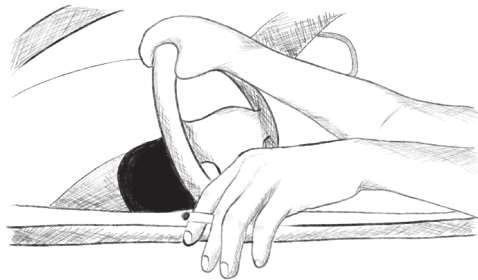


30 microgramos de dopamina  
inducidos por la bocina.

Al bajar por San Jerónimo te encuentras a un señor con la vista cansada  
vendiendo stickers para el celular  
le compras uno  
5 microgramos de dopamina  
inducidos por la pegatina.

Te dan ganas de darle tus billetes a la gente pidiendo dinero  
pero ya no te encuentras a más.  
Llegas a la comida familiar  
familia nuclear y no extendida  
50 microgramos de dopamina en la comida que te preparó tu mamá  
otras 50 en el postre que hizo tu hermana,  
pero en el chat de la familia entera  
del cual te saliste en el día 2  
hacen un chiste homofóbico.  
-30 microgramos de dopamina.

Pero escribes un poema y te animas a publicarlo  
100 unidades de dopamina.  
Por fin dejaste de llorar.



Paloma Niembro

# Demente

— Ana Gabriela Banquez Maturana —

Quería llorar el dolor que le baña el alma, salir huyendo a su suerte y ocultar demonios internos cuyas sangrientas llamas corrían por sus venas y le consumían como un vicioso a su cigarro o el fuego a la vela.

Hallarse envuelta en las mudas soledades, entre vida y muerte deseando descender a un mundo menos desastroso.

Miraba el demonio frente a frente, tras un traslúcido cristal, siendo el abismo de su perdición lo que mostraba el fondo de sus ojos, gritando blasfemias, mientras hiere su cuerpo desdichado.

Torturando a su mente por haber creado ese monstruo que le hace perder el control, mientras, entre demencia y euforia, va arrancando su cabello con manos temblorosas, siendo consciente en aquel momento de su trastorno.



Anirza Shucke

# La vida no es una romcom

Dave Brennan

La vida no es una romcom.  
El mundo castiga a los románticos,  
el exceso de azúcar provoca diabetes  
pero ya tenemos Stevia.

La dependencia al romance es tóxica, sí.  
El sueño ideal no nos deja abrir los ojos  
pero la amabilidad hacia extraños, no.  
Sonreír y platicar, nunca sabes a dónde te pueden llevar.

Pero Tinder, Bumble, Grindr, Raya.  
Me voy a acabar todos los chupes del antro cuando vaya,  
solo así se me quitará esta pena  
de querer invitarlo a una cena.

La vida no es una romcom.  
No vas a conocer al amor de tu vida  
sentada en una banca en el Parque España  
porque va a pasar pegado a su celular.

¿Por qué no le dices a la que está sentada junto a ti que se ve bonita?  
¿Por qué no le sonríes a ese wey en la cola del café?  
La vida no es una romcom.  
Porque no quieren.

Pero yo sí,  
por eso escribí este poema  
y se lo di a un wey  
caminando en la Roma.

Le dije, “perdona  
la falta de rima  
pero, te prometo,  
no me falta el ritmo”.

Y me creyó  
y le creí que me creyó  
y me dio un beso  
y yo le escribí más.



# Sexta arquitectura

Camilo Mariño

Tristeza, no siempre tuviste esta altura.  
Los primeros años no fuiste más que una molestia diminuta  
un pie levemente doblado a la hora de correr en el patio  
luego subiste, sí, hasta las pantorrillas  
y se me hacía necesario detener el juego por momentos. Sentarme a menudo.  
Ahí reposaste buen tiempo sin apenas molestar  
hasta que por fin te esparciste.  
Subiste por rodillas y muslos, atacaste directo al genital.  
Desde ese punto fue más confuso tu recorrido  
te regaste por el estómago como una patada, costillas rotas  
pulmones llenos de niebla y el pecho siempre pequeño, abollado.  
Llegaste al rostro, a la sonrisa  
y eres tú quien saluda, quien mira a mi madre.  
Esperas, por debajo de la sien, blanqueando pelo a pelo  
hasta ganar mi cabeza.



Paloma Niembro

## 7:00 am

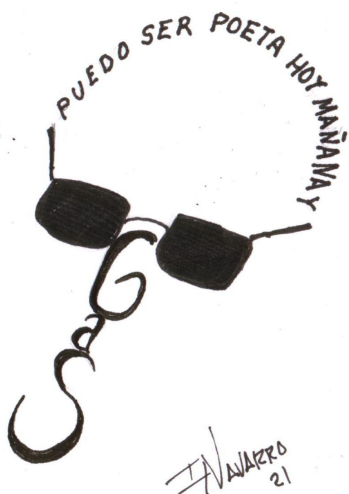
Camilo Mariño

Mi beso no crece  
ha crecido mi boca y la magnitud de los verbos  
que me han caído en la lengua.  
Han crecido mis dedos  
y la súplica con que los poso sobre otros labios  
para que su beso tampoco crezca.  
Han crecido mis pasos  
y han crecido mis zapatos  
y se me han hecho más grandes las cuclillas para abrocharlos.  
Ha crecido sobre todo el recorrido de la lágrima  
y ahora demora más que salga del rostro.  
Han crecido también mis párpados  
y cada vez es menor la distancia entre ellos.  
Todo lo crecido se me agrava  
menos la frente de mi madre  
donde siempre hay lugar para poner  
mi beso que no crece.



# El poeta

Ignacio Navarro



## Sin título

Alejandro Magallanes

Conforme  
leía,  
el texto  
se apagab

# La pluma

Fernando Corona

«¡Nadie quiere leer, nadie quiere escribir en serio!». Salió el maestro Emilio Hurtado de la clase de literatura que impartía, notoriamente molesto por la indiferencia, la burla y el desinterés de los alumnos, sumado a la apatía de la Coordinación de Humanidades y Ciencias Sociales y la manera directa en que sus dos amistades más cercanas le recomendaron, a la hora de despedirse a la salida de las clases, que dejara de mirar el mundo a través de su pasión humanística solamente y dejara que cada quien cumpliera con sus propios intereses y aficiones.

«¡Humanismo...! Idiotas. Si tan sólo supieran lo que implica esa palabra. De seguro piensan que se trata de ir a acariciar un niño callejero y de ayudar a cruzar la calle a los ancianos desvalidos. No se imaginan lo terrible y asombroso a la vez que puede ser la consecuencia de ese término». Llegó a su casa y lo primero que comenzó a hacer para tomar venganza fue colocarse frente a su cuaderno de escritura y despotricar en endecasílabos y heptasílabos sin rima contra la ignorancia del mundo.

Cincuenta minutos gastados en esa rabia le llevaron a un término todavía más iracundo. Unas tres hojas de papel emborronado, tachonado y manuscrito fueron a parar al cesto de basura convertidos en una bola informe y erizada. Después se tranquilizó y tomó su libro preferido; *La facultad X* de Max Thompson.

Las páginas, que ya había leído más de veinte veces, del capítulo ii le hicieron en un momento dado, ya en el instante en que la tarde se desviste para opacar la noche, tomar el preludio de su edición antigua del *Fausto* de Goethe, contemplar las dos obras abiertas en sus páginas cara a cara y plantearse un encantamiento genial para dejar atrás a esa hora, socarronamente, el malestar de ese viernes causado por el alma de asnos que imperaba a su alrededor.

Inspirado por la frase de Thompson, «la verdadera magia no tiene mayor gracia que mantenerse en un deseo hasta que se vuelva realidad, o bien, en depositar en un objeto la fuerza de todo ese deseo» y por esa aseveración de Goethe en labios del poeta del diálogo preliminar, «No sabes cuán mezquino es un oficio tal. ¡Cuán poco sienta ello al verdadero artista!», hizo un círculo con una larga cuerda en torno a la mesa de escribir, se hizo un juramento «Que nadie vuelva a menospreciar el ingenio del poeta» y puso toda su fuerza cerebral —dejando a un lado la del corazón— en manos de una hoja despreñada de su cuaderno, en donde, bajo el influjo de esa concentración, haría salir un soneto, el último, el mejor, el intenso, el que escribiría con tal de conseguir un propósito tan simple como dar un escarmiento a la muchedumbre burlona y burda.

Dio un trago a su cerveza, desalojó el mueble de todo lo que no fuera la hoja y la pluma fuente, trazó otro círculo en la madera con la tinta sepia de la



misma, un cuadrado por dentro, en el interior de éste un triángulo y se dispuso a trabajar en la obra lírica:

A todo ese vulgar gentío inmundo,  
desesperante, tosco, indiferente,  
le llegue, a veces, un ardor de gente  
que le despierte el lapso de un segundo.

Que pueda en su palabra ser fecundo  
al menos por un día lo inminente  
y que le salga un rato de la frente  
palabra que no sea de vagabundo.

Que, por lo menos una tarde, sepa  
los sinsabores, la pasión y el celo  
con que surge la voz desde la cepa  
donde el poeta arranca, desde el suelo,  
la material escala con que trepa  
a los silencios vastos en el cielo.

Desquitado ya de las afrentas del vulgo, se terminó en tres tragos la cerveza y se fue a recostar satisfecho. «Qué agradable es disponer del mundo en la intimidad de los deseos propios», se dijo recargado en la almohada, dispuesto a retornar al mundo real una vez que amaneciera.

De pie, al otro día, tras lavarse la cara y colocarse los anteojos, la primera tarea que tuvo ante sí fue desclavar la hoja que había dejado en el centro de la mesa, guardarla en su carpeta especial y, convencido de que era inútil borrar esas líneas trazadas con tinta de pluma fuente, buscó un mantel adecuado para cubrir la rúbrica iracunda de una noche irreflexiva. Acto seguido, había que ir por el desayuno. Yogurt, café, pan y huevos, lista de despensa que faltaba y cuya compra no había efectuado la noche anterior por rendir culto a su encono voluntario.

Llegó a la tienda, pero tuvo que esperar más de un minuto a que lo atendiera la responsable, encaramada en una silla y ante una mesa, donde escribía tranquilamente lo que parecía ser una lista. De pronto se percató de la presencia del comprador y fue a atenderlo con diligencia, después de lo cual continuó en su escritura.

Aprovechando que andaba ya en la calle, Emilio se dirigió a la papelería para hacer las compras respectivas a lo que necesitaría para la semana siguiente. El responsable, Hugo, estaba sumido en un cuaderno, trazando líneas con tal prontitud que parecía ser una carta de amor urgente o un recado importante que, de no anotarse, se olvidaría. Mientras despachaba el pedido de su comprador, Emilio alcanzó a contemplar el contenido de la hoja escrita: era un poema sobre el amanecer de ese día; y no tan malo, por cierto.

Ya dos actitudes de ese tipo le habían hecho espabilarse completamente. Solo en la calle, mirando ir y venir personas del mercado, de las tiendas, de los lugares de ejercicio físico, hacia sus trabajos, en todos notó papeles en las manos, plumas, hojas, cuadernos, comentarios en torno a esos papeles y esas letras trazadas. Parado en medio de esa turba inmersa en conversaciones y creaciones de palabras, se acercó, una a una, durante más de hora y media, a distintas personas.

En la carnicería, dos señoras con bolsa de mandado esperaban que les despachara el encargado sus respectivos pedidos de bistec y de costilla, mientras ellas se mostraban sus adelantos; una de su novela nueva sobre sus vivencias infantiles en rancherías del norte, la otra de sus primeros poemas amorosos a despecho de la reciente muerte de su esposo. Ambas esperaban no sólo sus pedidos, sino que el carnicero se detuviera a mitad del corte de una carne por atender sus reflexiones en torno a la injusticia social en un cuaderno que hasta el día anterior servía solamente para las cuentas que rendía a su relevo del mediodía.

Dos muchachos que iban uniformados de futbolistas desde la playera hasta el calzado venían seguramente de su partido mañanero en la cancha del parque deportivo. Traían en sus manos sendas hojas inspiradas por el partido de fútbol recién jugado. Uno de ellos leía ya a pleno pulmón, a mitad de la calle, un poema dedicado a su posición de portero invulnerable. El otro seguía elaborando, con una vista a su paso por la banqueta y otra al papel que iba escribiendo, un esquema teórico que sería útil la próxima semana, antes del partido: se trataba de una exposición ensayística en torno a la mejor aplicación de una formación del equipo respecto de las otras.

Continuaron los minutos y Emilio encontró el mismo panorama. Sus vecinos apenas lo saludaron porque debieron regresar a casa, previa compra rápida en la tienda, a atender sus escritos. En la radio, en la televisión, no había más programas que los de literatura y algunos pocos sobre cultura en general. En las entrevistas, las personas hablaban de su experiencia con la lectura y la creación, leían algo, había mesas redondas, daban consejos, se confrontaban. Fue al cine y la experiencia resultó la misma: gente en las butacas mirando atentamente la película, pero apenas salía el tropel, iba comentando las escenas y la relación con los escritos anteriores o siguientes de sus plumas o lápices.

En algunas cafeterías vio directamente a personas llegar con sus computadoras portátiles y emprender a teclado y pantalla comienzos de novelas o cuentos enteros. En los camiones de transporte público, en el tren subterráneo, en los taxis, prácticamente nadie hacía otra cosa que escribir.

Volvió ya casi de noche a casa, entre aterrado y confundido. Se enfrentó primero, visualmente, con la mesa de madera. Agresivamente tiró el mantel al suelo y miró el trazado de la noche anterior. Fue por el papel del soneto. Lo leyó con calma. Se rió de sí mismo, tranquilizándose, llamó a una amiga suya por teléfono, la profesora de psicología de la preparatoria donde él daba clase.

Le exponía el caso poco a poco, pero, antes de llegar al punto esencial, ella le pidió que escuchara mejor, para calmar su agitación, un poema hecho apenas en la tarde. Emilio tan sólo puso atención, resignado, sin otro remedio que colgar después de oírlo, agradeciendo la deferencia.

Se quedó en la mesa de nuevo, varado. Abrió otra cerveza y, entre risa y nervios, miró su cuaderno de apuntes. Hojeó una a una las páginas: poemas incompletos, comienzos de novelas, cuentos germinales, reflexiones, cartas. «Ah, pequeñas obras que jamás estimé dignas de otros ojos. Hoy son menos afortunadas que nunca. Hoy todo el mundo puede verlas y aplaudirlas como se aplaude un simple chiste». ¿Qué hacer con el cuaderno? ¿Qué hacer consigo mismo? Las otras mañanas bien podría amanecer al lado de una turba que no dejaba de ser turba, que lo agobiaba del mismo modo o acaso más con actitudes igual de indiferentes y distantes. No, tal vez el odio al otro día sería más intenso: alumnos llenándolo de citas, de papeles, de creaciones literarias, todo el día, a toda hora, semana a semana. ¿Y las amistades? Los concursos literarios o dejarían de serlo o serían a diario. Los recitales, sin duda, tendrían lugar en cada cafetería, en plena calle, sin invitación ni ensayos.

Reunió fuerzas necesarias, besó su cuaderno de obras maltrechas y siempre en ciernes, poemas que ni a sus enamoradas gustaban, cuentos pequeños para niños a los que nunca leía ni un fragmento, reflexiones diarias sobre los males de la vida solitaria. Desprendió una hoja, lloró un instante y, con ese ánimo, se disponía a realizar un contra-hechizo. Pero el trago de cerveza le advirtió que con esa voluntad no llegaría ni a la mitad del objetivo. Se concentró, hizo un conjuro y en la nueva hoja en blanco, al centro de la mesa, trazó un verso nada más, sólo uno, para lograr con él entrar de nuevo a la mañana fresca de un vulgo igual de ingrato:

Que nadie turbe más este consuelo.

Previos tragos de cerveza, hasta agotarla, se fue a la cama. Amaneció y el aula le dio la bienvenida igual de ingrata que el viernes. Acaso peor, por tratarse del agobiante lunes. Miró a los muchachos aferrados a lo absurdo de sus vidas vacías, vio de soslayo su cuaderno al interior del portafolios, sonrió y bendijo a una alumna que, a escondidas, le había dejado bajo el fólder de la lista un poema para que el profesor se lo aprobara.



Paloma Niembro

# Lejos

Cecilia Durán Mena

Desde donde estoy,  
puedo hacer muy poco.  
Frente a la desesperación,  
quiero hacer más y no puedo.  
La fragilidad de mis posibilidades  
se deben a la posición en la que estoy.  
Estoy en un lugar remoto,  
me quedé en un tiempo distante.  
Quiero, con el alma quiero acercarme  
y, porque te quiero, me quedo lejos.  
Desde lejos, el dolor adormecido cala piel adentro.  
Si mi intención es buena, y lo es,  
me quedo en el lugar en el que me designaste.  
Lejos, entre polvo y ceniza.  
Lejos, con recuerdos y vivencia.  
Lejos, en el arco perimetral.  
Lejos, como quien mira una vitrina.  
Lejos, porque ahí me toca estar.



Paúl Núñez

# Mirada de mojiganga

Andrea Fischer

Ella es de ojos saltones y labios gruesos. Justo debajo de la nariz, con la que podría aspirar todo el zócalo del pueblo, se le asoma un bigote discreto<sup>1</sup>. No pasa nada: podría ser apenas una sombra del sol pesado que, desde el cémit, le quema los brazos mientras se contonea hacia el centro de San Miguel de Allende<sup>2</sup>. Nosotros la veíamos, junto a sus amigas de más de dos metros, desde el balcón de un bar: venían en desfile, con sus mejores vestidos y arreglos florales sobre la cabeza. Era la época.

Debajo de sus faldas —que se desprenden suavemente del suelo con el viento de septiembre—, se asoman hombres y mujeres por igual. A las mojigangas parece no importarles mucho. Saben que, a fin de cuentas, ellas son el centro de la atención. Incluso, por encima del escándalo que hacen los trombones, trompetas y tambores sólo ellas acaparan la mirada de todos los espectadores, que se pelean por alcanzar a verlas desde las terrazas y balcones.

## *Faldas al vuelo*

Ya se nos había hecho costumbre ver el desfile del 16 de septiembre. Con las fiestas patrias, mi madre insistía en que visitáramos el pueblo para pasar “El Grito” allá. Aunque nadie quería realmente hacerlo, íbamos de todas formas para disfrutar la casa. Originalmente, se había construido en el último extremo de la Cuesta de San José: ahí, donde se podía ver todo el pueblo desde arriba. La gentrificación y expansión urbana habían hecho, sin embargo, que pasara a ser una casa más de la calle, recién pavimentada con un empedrado desarmonizado.

A pie, con suerte, se podían hacer hasta 15 minutos al centro de San Miguel. Cuando apenas compramos la casa, nos emocionaba caminar de ahí hasta la parroquia. Luego, perdió el chiste, cuando dejamos de ser turistas y los visitantes extranjeros<sup>3</sup> nos empezaron a parecer nefastos. Para las fiestas patrias, ir al pueblo se volvió francamente insoportable: los miles de jóvenes disfrazados de locales —con sombreros de cuero, chalequitos de gamuza y botas de vaquero que no vienen al caso— hacen que caminar en paz se vuelva imposible. En más de una ocasión, los veíamos brindando alrededor de las cinco de la tarde. Antes de la medianoche, ya estaban tirados en el piso, con el sombrero del otro lado de la calle y sin manera de volver por donde vinieron. Ya en ese estado, me pregunté varias veces si les había dado tiempo de pagar la cuenta.

1 <https://www.muyminteresante.com.mx/historia/chavela-vargas-y-frida-kahlo-asi-fue-la-relacion-prohibida-entre-dos-mujeres-volcanicas/>

2 <https://www.ngenespanol.com/traveler/el-patrimonio-arquitectonico-de-san-miguel-de-allende-esta-en-riesgo-por-urbanizacion/>

3 <https://www.meer.com/es/68904-120-viejitos-gringos>

Conforme avanzaba la noche, la cosa se ponía peor. Aunque el gobierno municipal ponía seguridad casi en cada esquina del centro, las hordas de gente eran prácticamente incontenibles. Algunos de ellos iban a caballo, para controlar a la gente con un poco más de altura. Aun así, había señoras que verdaderamente pensaban que era buena idea bajar al zócalo con carriolas y niños llorando.

Ya para cuando la transmisión de “El Grito” terminaba, los policías no podían controlar a los caudales de personas que buscaban en dónde refugiarse del frío, del hambre voraz o del cansancio. Con el tiempo, sencillamente, decidimos evitar las masas sedientas y quedarnos en la casa. Incluso desde la terraza, a unos 10 kilómetros de distancia, se les podía escuchar gritando.

En ese contexto, el desfile de mojíngangas era tal vez el menos indeseable de los eventos patrios. Hechas mayormente de papel maché y tela, verlas pasear por las arterias principales del pueblo era un gusto de época —casi como los chiles en nogada<sup>4</sup>—. Se deslizaban entre las calles con facilidad, como si no pesaran más de 10 kilos y, eventualmente, se detenían ante algún curioso que quería tomarse una foto con ellas. Para el recuerdo, decían. Luego emprendían el vuelo nuevamente, y sus faldas se hacían una con la brisa del Bajío.

### *Envuelta en sábanas*

Ya corrían al menos dos años de resignación: mi madre había cedido ante la presión de los demás para no volver al desfile del 16 de septiembre. La verdad era que nadie quería estar ahí. El olor a sudor, los gritos, los empujones y la franca imposibilidad de sentarse a comer en paz hacían de las fiestas patrias un lastre. Ante nuestra desidia, ella dejó de insistir en que fuéramos todos juntos, así que bajaba por su cuenta a mirar el espectáculo.

Generalmente, quedábamos de vernos para comer en la casa. Mientras ella estaba en el centro, mi padre iba a comprar la comida y nosotras nos quedábamos haciendo cualquier otra cosa. Sólo en ese contexto, estar encerradas en la casa parecía mejor idea que bajar al pueblo. Nos veíamos otra vez a eso de las tres de la tarde y nos sentábamos a la mesa juntos. Porque ése había sido el plan durante dos años, asumí que seguiría siendo la agenda para ese día. Me equivoqué.

Mi madre amaneció particularmente inquieta ese día. Había soñado con una mujer envuelta en sábanas, que le pedía ayuda a gritos debajo de cientos de telas blancas. “Parecía una madeja<sup>5</sup> revuelta”, insistía. No se acordaba de nada más. Durante todo el desayuno, no paró de hablar de eso. De la voz, de la impotencia. De las sábanas blancas.

4 <https://www.ngenespanol.com/ecologia/acitron-el-dulce-de-la-rosca-de-reyes-que-esta-condenando-a-la-biznaga-a-la-extincion/>

5 <https://www.poetasandaluces.com/poema/2637/>

Cuando mi padre le preguntó que qué idea tenía para el día, no dudó en bajar a ver el desfile de mojjigangas. Él sencillamente resopló, y le dijo que iría a comprar la comida a eso del mediodía. Se ofreció a llevarla hasta el centro, pero luego recapacitó: ni siquiera podría llegar hasta allá con el coche. Como la vi todavía muy nerviosa, el ofrecimiento afloró como mala hierba:

—Si quieres, este año te acompaño.

Aceptó antes de que terminara la oración.

### *Canastas de flores falsas*

En septiembre, la cuadratura de San Miguel se inunda con los suspiros gélidos del otoño desértico. Es difícil vestirse bien, porque el sol del Bajío es recio, lento e insistente. Más a eso del mediodía, cuando alcanza su punto más alto. Nunca entendí por qué el gobierno municipal insistía en organizar el desfile justo a esa hora.

Aunque todavía ni siquiera daba la una de la tarde, ya había colas interminables para entrar a los restaurantes. Ingenuamente, pensé que veríamos el espectáculo desde el resguardo de alguna terraza, lejos del tumulto y el ruido. Por ello, también, decidí bajar al pueblo con una cámara Polaroid<sup>6</sup> que mi hermana me había regalado de cumpleaños. Hasta estrené cartucho: quería agarrar a las mojjigangas desde arriba, cuando parecen fantasmas que se extienden por las avenidas, cargando canastas de flores falsas. A veces, a pesar de que venían ataviadas con rebozos y faldas coloridas, me parecía que seguían una carroza fúnebre. Si se les viera fuera de contexto —lejos del ruido y las fiestas—, un halo de solemnidad ciertamente las rodearía.

Cualquier intento de entrar a algún café fracasó. Nos quedamos a pie de calle, sobre las banquetas minúsculas que caracterizan al pueblo. Detrás de los trombonistas, mariachis y acordeones, las mojjigangas inundaron las calles dando vueltas en silencio. La gente se maravillaba a su paso, arrobados. En algún momento me pareció que, entre la fascinación, no se inmutarían si alguna de ellas les soltara un bofetón accidental con la cola de la falda.

Entonces, el desfile se detuvo.

Aunque la banda seguía tocando, las mojjigangas dejaron de avanzar. Una de ellas, con un tocado de flores blancas sobre la cabeza, se estacionó justo enfrente de nosotras. El viento de septiembre hacía que las trenzas le flotaran sutilmente sobre la espalda. Debajo de las faldas, escuché a la persona que la dirigía toser. A mi madre se le antojó que ése era el momento perfecto para tomarme una foto con el títere. “¡Ponte con la mojjiganga!”, insistía.

Asumo que la persona escuchó, por debajo de las telas, y volvió la estructura para mirarnos. Mi madre tomó la Polaroid y se acomodó, como midiendo el espacio para que la imagen saliera completa. En ese momento, escuché el grito de un caballo desbocado. Justo cuando me volví para ver qué estaba pasando, me encontré con la mirada de la mojjiganga justo frente a mí.

6 <https://www.meer.com/es/66338-en-el-psicoanalista>

Después de eso, sólo fueron telas blancas, más gritos, y el sonido de un galopar que se hacía cada vez más lejano.

*Desde arriba*

No me enteré hasta después, pero los médicos no pudieron hacer mucho. El impacto del caballo terminó con gran parte de mis vísceras. La mojiganga acabó completamente destruida, y su huipil tejido a mano, embarrado de fluidos corporales que no le pertenecían. A partir de entonces, no me libro del desfile del 16 de septiembre. Ahora sí, me toca verlo desde arriba —lejos del ruido, de la policía montada y de las malditas mojigangas—.



*Caballo Alado, Irina Novikova*



# No chive

María Elena Sarmiento

Mi hijo apretó al pollito y luego lo puso en el piso con la esperanza de que caminara.

—No chive —se quejó en el idioma que estaba aprendiendo a pronunciar y los demás comenzábamos a entender. Parecía esperar que alguien llegara a componerlo.

¿No chive? ¿Qué tipo de monstruo estoy creando que no sabe la diferencia entre un ser vivo y un juguete? ¿Qué debía hacer? El niño estaba a punto de ir a sacar a otro animalito del corral para ver si aguantaba sus apretones.

Se me vino a la mente la historia de la reina Cristina de Suecia. Sí, me la imagino como una persona incapaz de la empatía, tan preocupada por ser la más sabia, la más fuerte, que no se fijaba en cómo lastimaban sus acciones a los que la rodeaban.

Ahora me parecía increíble cómo, antes, la había admirado. Sin duda alguna, ella fue la soberana que llevó a Suecia a la modernidad, la que llenó su país de sabios y de artistas, la que más promovió la cultura en su época.

Convocaba a su corte a todos los que ella admiraba y aprendía de ellos cuanto podía. Eso me parecía admirable hasta que me enteré del caso de Descartes.

El pobre gran pensador era un hombre debilucho de constitución enfermiza y acostumbrado al clima benigno de la Turena. Cristina no se dio cuenta de nada de esto. Disfrutaba tanto su compañía y sus pensamientos, que lo despertaba a las 6 de la mañana para caminar en sus jardines mientras hablaban de Filosofía. No puedo imaginarme el frío que hará allá a esas horas durante el invierno.

Supongo que el autor del *Discurso del método* no se quejaba. Temblaba mucho, pero se ponía un buen abrigo y trataba de emparejarse en la caminata a pesar de los pasos largos que daba la reina, tan alta, tan vigorosa. Le debe haber explicado aquello del *cogito ergo sum* como algo que aseguraba la existencia del que pensaba independientemente del mundo externo. Deben haber sostenido pláticas deliciosas. Me hubiera encantado presenciarlas.

Resistió unos meses. Descartes murió de pulmonía.

“No chivió”, tal vez hubiera dicho mi hijo si hubiera estado presente. Tal vez fui demasiado dura cuando le di un golpe a su manita.

Enseguida me arrepentí. Ésa es, justo, la forma de enseñarle a solucionar sus problemas, a golpes. Quise haberle explicado con ternura que tenía que tratar a los animalitos con mayor suavidad, que había matado sin querer a aquel pollito, pero por la manera en la que me miraba, resonaron sus palabras mudas en mi cabeza:

“No chives”.



Guinea Shweke

# Otro pueblo blanco

Raúl Sanz

Entonces observé tu cara. Yo sabía que nunca te había visto y, sin embargo, ya te conocía.

Te miré con detenimiento, con absorción, mientras las tripas me jugaban un mariposeo en las entrañas. Estaba nervioso, emocionado y absorto al mismo tiempo ¿Cómo era posible que de esos labios nada supiera y, a pesar de ello, ya antes los había probado?

La razón me decía que eras nadie en mi vida, una desconocida, un caminante más del montaje terrenal. Pero el corazón me dictaba que te amaba... que te amaba como un loco, como un desdichado que cree que la idea le pertenece, pero que algún oportunista ya se la ha robado. Sí... porque tú tenías a otro y otro te tenía a ti.

Ah, cómo me gustabas. Me regalabas taquicardias descaradas mientras me ahogabas al mismo tiempo las palabras. Me moría por besar tu vientre, por apretar tus senos con cada mano, por tirarte del cabello para morderte el cuello como otras tantas veces... sólo que ahora no estaba seguro de en realidad haberlo hecho alguna vez.

¿Cuántas copas vertidas con vino tinto no bebí contigo? ¿cuántos soles no nos dieron alcance, empapados en sudor? ¿cuántas risas no me arrebataste? ¿cuántas lágrimas no te provoqué?

Tantos lugares y tantos recuerdos. Te besé por primera vez bajo la luna de París, te amé dos vueltas en las praderas verdes de Palouse, te pedí cincuenta años compartidos al cruzar los puentes de Praga, y me avisaste de mi hija en las cascadas de Tamul. Mas las ráfagas pronto se llenaron de niebla, y ni una imagen se coló y mucho menos se colgó de las estrellas.

Las madrugadas que trasnoché pensando sólo en ti. Te adoraba entre sueños y después me despertaba acariciándote, tocándote, recorriéndote... Pero creo que sólo eran mis dedos deslizándose sobre las sábanas, y entonces una soledad oscura me abordaba el alma.

Estaba tan obsesionado contigo, con tu cuerpo desnudo y con tu lengua ofensiva. Tus piernas se enrollaban en mi cintura y tu respiración añadía el compás a una nueva travesía. Me arañabas, te rasgaba... Me procurabas y yo te cuidaba... Me lastimabas, pero yo te abrazaba. La pasión daba pie al reproche, y a la crítica le seguía el ferviente goce.

¿Qué carajos ocurrió? ¿en qué momento te fuiste de mí?

Con gracia irónica, y también agónica, al instante mismo de ver tu rostro me adjudiqué lo estúpido que fui, pues ahí caí en la cuenta de que apenas me había percatado de ti.

<<¿Quién eres?>> <<¿Qué quieres?>>, me pregunté sin saberlo.

De pronto regresó el recuerdo. Claro que te tuve, por supuesto que

por un tiempo te hice feliz, pero más tarde te perdí cuando por un descuido te compartí.

Estabas distraída, ocupada entre la niña y el resto de la vida. Y yo, celoso de mi propia hija, corrí bajo la falda de otra estirpe, refugiándome por un instante en diez minutos de mentira. La vergüenza me abrió la boca, y tú, sin perdón, me mostraste la otra boca... aquella que de sangre tiñó las heridas para convertirlas en defensas depurativas.

Entonces, supe que sí te conocía, o al menos así fue en otra vida, antes de que el intruso se parara junto a ti. Te observé ya con tardía y atestigüé cómo él una sonrisa te extraía, pero vi también que una lágrima se te escapaba y que lentamente escurría. No, no eras un sueño pasado ni figmento de mi imaginación, eras más tangible que la carne y la piedra, que la llama y la tierra. Pero yo te quemé y tú me incendiaste, yo apenas te di leña y tú me calcinaste.

Y, no obstante, noté que me amabas, me di cuenta que aún me extrañabas. Fue tan sólo un arrebato que de mi descontrol guió tu mano a mi propia perdición.

Ahora llegabas con él a visitarme, y me olvidaba que a ella también te la llevaste. Miré a mi izquierda y la observé junto a mí, metiendo su manita entre mi puño y aventándome su eterna alegría, arrebatada por ti. Mas, a mi lado derecho, leí mi epitafio y sin dedicarle mayor atención me acordé, más bien, de aquella vieja canción, de aquel eterno pueblo blanco: <<Pero los muertos están en cautiverio, y no nos dejan salir del cementerio>>.



# Soñando con una mariposa

Virginia Meade

El grito de una alarma me despierta. Quiero levantarme, pero mi cuerpo no obedece. Veo una ambulancia irse y, aunque grito con todas mis fuerzas, no me oyen. Lloro; las lágrimas sólo salen de mi ojo derecho; mi ojo izquierdo está completamente cerrado; cuando lo toco, siento una bola. Así toda la noche.

Un olor pestilente me aturde; el ojo todavía no se abre. Con el otro veo a un perro grande que mueve la cola muy rápido; parece que no ha comido. El animal se acerca y sujeta mi brazo con sus dientes; me jala. La saliva es caliente y pegajosa, su mordida no duele. Insiste, con trabajo me levanto; entonces veo el coche de mi papá incrustado en un árbol al lado de una carretera.

Todo el cuerpo me duele, me aguanto para llegar al coche; es difícil asomarme porque el perro sigue luchando para que vaya con él hacia el otro lado. No veo a mi papá, seguro se lo llevaron los de la ambulancia. Miro todo el lugar, los arbustos son grandes y altos. ¡Quiero irme a mi casa!

¡Me dejaron abandonado! Mejor sigo al perro. Él camina rápido entre la hierba y cuando hay algún obstáculo me dirige hacia otro lado para evitar que me golpee. Supongo que está entrenado, quizá es un guía. Su pelo parece viejo y tiene una oreja rota. Comprendo que no tiene sentido luchar, me rindo y lo dejo guiarme; ahora me doy cuenta de que mi suéter tiene manchas de sangre; con mucho miedo bajo la mirada, mi ropa está sucia y arrugada; no tengo heridas, con la mano libre toco mi cabeza, ésa sí duele toda, pero no sangra. La visión de mi ojo bueno es borrosa así que me concentro en ver el suelo que está cambiando de pura hierba a pasto como el de los jardines, aunque a veces hay parches de tierra. Adelante hay una cerca de madera blanca. El perro quiere que pase entre dos tablas, están muy juntas y me aprietan en el pecho y la espalda, él espera. Apenas me libero, me ladra para que siga caminando. Quiero detenerme porque mis piernas tiemblan como chicle, pero él bufa y me jalonea, entiendo que es mejor seguir.

Está airoso y fresco. Camino hacia un jardín; en el centro está una mujer sentada dentro una carretilla, la usa como si fuera una silla. Lee. Su cabello es blanco, brilla y revolotea sobre su cabeza y parece lanzar chispitas; usa un suéter morado con puntitos negros y unos pantalones que llegan solamente hasta las rodillas, las medias le cubren las piernas flacas. Me imagino que es una enorme mariposa. Ahora alcanzo a ver que los zapatos son negros y tienen unos adornos dorados donde van los dedos. Mi corazón late muy fuerte. Ojalá pueda ayudarme; ya estoy cerca. El perro chillaba. Ella levanta la cara.

Quiero gritar, pero me trago el miedo. Su cara parece una máscara de marfil, lisa y dura, desde donde unos ojos verdes —los más maravillosos que yo hubiera visto—, se alarman. Cuando abre su boquita murmura: ¡Oh!, niño ¿qué

te ocurrió? Sus manos arrugadas dejan caer el libro al suelo; el perro suelta mi brazo y se acerca a ella. ¡Qué horror! Todo lo veo nublado y después nada.

Escucho los susurros de la señora y de un hombre. El perro me está oliendo, su aliento apestoso llega a mi nariz y me dan ganas de vomitar. Vomito. El hombre se acerca sin decir nada, me sostiene y me ayuda a inclinarme y cuando termino me limpia la boca con una toalla que está mojada. Murmura que todo va a estar bien. Quiero darle las gracias, pero sólo sale un ruido raro. Él entiende y me palmea la espalda. Empiezo a temblar porque tengo miedo. ¿Y si él también tiene la cara como una pesadilla?

Cuando me atrevo a verlo, me doy cuenta que es un señor mayor; tiene arrugas en las arrugas, pero su cara es normal, los dedos de sus manos están muy chuecos y tiene manchas. Distingo una corbata de moñito roja con puntos oscuros e, igual que la señora, trae un suéter. Él también me observa con atención y cuando dejo de temblar, me da una palmada en la espalda y dice que me dará sopa. Está aguada, pero caliente. El líquido me consuela y, por un momento, me siento bien. Le pregunto dónde estoy. El señor contesta: entre amigos. Después dice que debo descansar para recuperarme.

Estoy asustado; no creo que tener una bola en el ojo y estar lleno de sangre sea algo normal, pero no puedo pensar bien.

Sueño: Estoy con mi papá en un viaje de vacaciones, es el último día y ya debemos irnos pero yo quiero nadar. Él me dice que debo elegir: nadar o comer. Yo digo: quiero nadar y comemos después. Nos subimos a su mustang rojo. En el camino, mi estómago gruñe, no le hago caso, al fin que jugar en el agua estuvo increíble. El agua es un lugar seguro que te envuelve; cuando das muchas vueltas de campana, al detenerte, no sabes dónde es arriba y dónde es abajo.

De repente un auto, que viene muy rápido, atrás de nosotros, golpea con fuerza el coche. Nos avienta fuera de la carretera y nos estrellamos con un árbol. El claxon suena como un aullido, por más que me tapo las orejas sigo escuchándolo, la máscara que tengo sobre la cara me ahoga.

Tengo mucho miedo, ¿será que mi papá se olvidó de mí, o está muerto o no me puede encontrar? Yo estoy en quién sabe donde, casi no puedo moverme ¿qué es ese ruido? Con cuidado, abro mi ojo. Veo que el señor está sentado en una silla y no trae camisa, tiene unas horribles cicatrices en su espalda y brazos, se está rascando las piernas. Me da asco. La señora se acerca con un trapo en cada mano, gotean. Con cuidado, cubre la espalda del hombre quien al sentir el líquido gime, sus lágrimas caen al suelo formando un charco. Ellos se toman las manos. El perro está acostado en un rincón, tranquilo. Creo que no tiene miedo. Aprieto mi ojo bueno. No quiero ver.

Han pasado muchas horas, estoy muy triste. Mi ojo sigue inflamado

a pesar de que la señora de la máscara me dice que se ve mejor. Ella ha estado colocando trapitos mojados con un líquido que alivia mi cara; está tan cerca de mí, que puedo ver su piel estirada como los platos de porcelana de mi casa, no tiene expresión, solamente su labio inferior se mueve cuando habla y, tan quedito, que es difícil escucharla, el resto de su cuerpo es muy... ¿normal? Sus ojos me hipnotizan parece como si pudiera meterme en ellos, pero ¿y sí no me puedo salir? Todo el tiempo tengo miedo. Quiero irme. Cuando ella camina, sus hombros se mueven y sus brazos suben y bajan como alas de mariposa, sí, ella es una mariposa de porcelana y esmeraldas. ¿Mi cara estará tan horrible como las cicatrices del señor de la corbata de moñito? Si es así, ellos podrían mirarme con asco, pero no lo hacen. Yo tampoco lo haré.

Mi ojo empezó a abrirse y aunque sólo veo por una rayita, estoy contento. La mariposa de porcelana, mi amiga, cuando me vio, sonrió con sus ojos y no lo pude evitar: la abracé. Sentí su resistencia, pero después de un momento, también me abrazó. El señor de la corbata dijo que debíamos celebrar y trajo un pastel que compartimos.

Como ya puedo ver mejor voy a explorar; parece una casita rodeada de pasto y árboles. Me siento en la carretilla y tomo el libro que la mariposa de porcelana estaba leyendo. No entiendo lo que significa, son muchas imágenes, una en cada página. Por ejemplo: La Abeja Adolorida ¿por qué adolorida si es una mujer abeja? En otra página leo: El Vagabundo. Es un señor envuelto en una cáscara. La cáscara es su casa, ¿por eso es vagabundo? Todas son así. Aquí está otra muy impresionante: Niño y Mariposa. Es un muchacho que tiene los ojos muy abiertos, va caminando y sobre su cabeza está una mariposa con unas alas muy largas como si lo estuviera protegiendo. A ella sólo le faltan los ojos de esmeralda.

Al mediodía se acercan mis amigos y me dicen que debo irme. Sin pensar, respondo que no quiero. El señor de la corbata me explica que en el lugar donde fue el accidente hay un señor muy triste, seguramente es mi papá. Nos abrazamos. La señora mariposa llama al perro y le ordena que me lleve. El animal me sujeta el brazo y, moviendo la cola, me jala. Con todo y perro me despido de ellos y les digo que no los olvidaré. Ella pone la mano en su boquita y me lanza un beso, yo hago lo mismo. El señor de la corbata palmea mi hombro, sonriendo dice que ellos tampoco me olvidarán y me aconseja que sea un buen niño. Cuando sea grande me casaré con una mariposa.

Después de cruzar la valla de madera, llegamos donde los la hierba crece muy alta. Mi corazón casi estalla cuando veo a mi papá. Le grito con todas mis fuerzas. Él esta usando muletas y tiene algo en el cuello; cuando me ve, también grita con fuerza. Al lado de la carretera está una patrulla de policía. Mi papá me dice que querían llevarlo al hospital, pero él se había dedicado a buscarme. Muy mortificado me contesta: No, no me olvidé de ti. No, no me morí. Los señores de la patrulla lo ayudan a entrar al coche, cuando me toca

entrar, giro y grito con todas mis fuerzas: ¡gracias, señora mariposa, gracias, señor de la corbata de moñito, graaciaas, perro!

Le pido al señor policía que antes de irnos suene la sirena, quiero que sepan que ya me voy. El sonido es triste pero esperanzador.



Paúl Núñez

# Selenofilia

Salvador Cisterna

Amo la descarada belleza de la luna y el cinismo con que perfora la oscuridad celeste para abrir una mirilla a otros mundos. Amo el enigma de su lado oscuro, cuyo acceso sólo se franquea mediante el sueño, la imaginación o la poesía, y el estoicismo del que habla cada uno de sus cráteres.

Amo verla flotando allí, inmensa hasta la deformidad, con esa ligereza privativa de los cuerpos celestes que no necesitan de luz propia para brillar. Amo verla allí, asomada, como una actriz tuerta oteando detrás del telón, nerviosa, previo a dar la cara al público.

Me maravilla la secreta alquimia de que se vale para enfriar la luz solar, atenuar su brillo enceguecedor y entregárnosla en tonos azulados y tenues que iluminan la Tierra nocturna, y la telekinesis con la cual hace danzar los océanos.

Amo la luna en todas sus variantes: cuando le sirve de sonrisa al cielo, hace las veces de faro sideral para guiar sólo dios sabe qué naves y a qué puertos, o cuando enferma de gravedad y se torna amarillenta. La amo también en esas noches que parece emerger del mar para iniciar su recorrido cotidiano por el cielo en persecución del día.

Amo también su omnipresencia, aun cuando es opacada por el sol durante el día, o cuando de noche juega a las escondidas tan sólo para regalarnos el espectáculo de estrellas que adornan su infinito patio oscuro.

Amo su movimiento ascendente, silencioso, imperceptible. Su juventud astral. Su impuesta vocación de musa. Amo su complicidad obligada y la elegancia con que ignora nuestras solicitudes, confidencias y peroratas, pueriles para ella que se habló de tú con Da Vinci, Aristóteles, Shakespeare, Tesla, Mozart... cuyas existencias, entre todas las que han desfilado por el planeta hasta la fecha, siguió desde el primero hasta el último latido, como hará con la nuestra.

Amo los arcanos que contiene su memoria, donde, lo mismo guarda respuestas a preguntas clave como: ¿de dónde venimos?, qué imágenes del nacimiento de la vida humana en el planeta.

No es gratuita su deificación por parte de múltiples teologías, ni su papel protagónico en mitos, leyendas y relatos de la más variopinta extracción, desde el primer viaje para visitarla, planteado por Luciano de Samosata, hasta la llegada de Neil Armstrong a su superficie, pasando por la imaginación de Cyrano de Bergerac, Georges Méliès y Julio Verne.

Me enamoran su lejanía, su mutismo, su imposibilidad. Me declaro



abiertamente lunático y proclive a una suerte de licantrópía interior que se deja arrastrar dócilmente por su gravedad. Soy su satélite incondicional.

Llámele como se le llame: Mezli, Selene, Febe, Chandra o Thot, amo la luna, por múltiples razones y por ninguna.



*Valeria Bandala*

# Un árbol de navidad\*

Imanol Caneyada (FCE, 2022)

Cuando se asoma siempre está cayendo la tarde en el bulevar terso y silencioso. Como si únicamente hubiera tiempo para el crepúsculo. Todas las horas del día son esa hora en el ventanal. No necesita la exactitud lenta del reloj. No necesita mayor señal, externa o interna, que el propio acto de asomarse. Desde fuera parecería un ritual. Una mujer joven y hermosa que corre una cortina para observar el mundo tras los cristales. Pero no es un ritual, no hay parsimonia ni certeza. Se trata de una adicción. La tarde siempre se detiene un instante cuando ella se muestra. Tal vez hace una pausa en tanto aparece la mujer joven y hermosa tras los cristales; sólo entonces sigue su marcha hacia la noche.

¿Qué pasaría si un día la mujer no corriera la cortina para observar el bulevar terso y silencioso?

¿Se pararía el mundo?

No podemos saberlo. Si la mujer no se recorta en el crepúsculo dorado tras el ventanal, dejaremos de estar ahí esperando. Serán otras mujeres y otras ventanas las que atestigüemos; otro el tiempo y sus motivos.

Tendrían que dejar de asomarse todas las mujeres del mundo al mismo tiempo para tener una respuesta.

De momento tenemos a una mujer joven y hermosa en una casa de un bulevar. La cortina es de alpaca. Un trabajo artesanal fino, virtuoso. Al principio la mano de la mujer se detenía en su textura para regocijarse. Era voluptuosa la sensación de la alpaca sobre el dorso. Era también la justificación de vivir bajo ese techo. No sólo la cortina, traída del Perú, sino todo lo que oculta a nuestros ojos. A la mujer le bastaba la caricia de la cortina y el deseo, la envidia, la vergüenza que nos despertaba. En ese entonces asomarse a la ventana no era ni un ritual ni una adicción.

Era un acto de amor.

¿Quién no quiere ser Penélope en una casa como aquella, con un bulevar terso y silencioso, lleno de Penélopes?

En ese entonces, afuera, no existía otra cosa que un punto en el horizonte que le anunciaba la llegada del hombre que amaba. En ese entonces la tarde se detenía para que apareciera el automóvil del hombre que la mujer amaba y seguía su marcha hacia la noche, cuando el horizonte se colmaba del chasís dorado.

En ese entonces.

La mujer, el hombre y la casa han cambiado. Lo comprobamos nosotros y el paso de las tardes que surgen cuando la mujer corre la cortina, como si estuvieran agazapadas en espera de ese gesto. Ya hemos dicho que es una adicción y que el crepúsculo ha prescindido de la aparición del automóvil

en el horizonte para seguir su camino hacia la noche. Es una adicción porque destruye a la mujer, aunque ya sólo sepa asomarse, tal vez con el anhelo de recuperar las sensaciones de antaño: un jadeo imperceptible, un hormigueo entre las piernas, un triunfo inobjetable. Pero el hombre aparecerá a cualquier hora, incluso cuando la mujer ya no esté en la ventana; o, más bien, porque la mujer ya no está en la ventana. Y ahora que ella ha dejado (hace 2 536 días quizá) de observar ese punto en el horizonte y se asoma para que la tarde no haga un alto innecesario y logre alcanzar su destino, ahora la mujer puede entretenerse en el bulevar habitado de Penélopes marchitas.

¿Qué es lo que ve?

Un camellón ancho con tierra fértil del que brotan álamos centenarios. Una serie de chalets con criadas en los zaguanes, amplios ventanales, dos y tres pisos, columnas, jardines, fuentes. Todo ello adornado por renos de plástico, Santaclós gordos alimentados de aire caliente, muñecos de nieve de plástico, cientos de lucecitas rojas, naranjas, verdes; muérdago en las puertas, bastones de caramelo. Señales de las vidas que se forjan en el interior de los chalets: una bicicleta apoyada en la pared que espera su reemplazo en esa fecha; un marido que llega; una esposa que se va; un niño que observa al Santaclós gordo hinchado de aire caliente. Los rostros de los adultos son los que utilizamos para entrar y salir de nuestras casas: neutros, profesionales de la convivencia, educados. Los de los niños muestran una excitación mayor de la habitual. Tanto reno, tanto mono de nieve, tantas lucecitas parpadeantes, tantos Santaclós. Y todas las promesas. Hay también mascotas gordas y aburridas que rara vez huyen, indiferentes al espectáculo decembrino.

¿Quién querría huir de un bulevar como el que la mujer ve desde la ventana?

Pero a la mujer le fascina otro paisaje que sucede justo enfrente de su casa. Una dimensión inquietante, una ventana que se abre a un mundo sin rastro de álamos ni chalets ni maridos ni rostros ambiguos. Sin lucecitas, sin muñecos de nieve, sin bastones de caramelo, sin muérdago. Una afrenta tal vez, una brecha de sangre y fuego. Ahora sabemos que la mujer se asoma al caer esa tarde para atestiguar un hecho tan primitivo como primigenio. Prescinde del punto en el horizonte y del bulevar, al que conoce como la palma de su mano. Prescinde de la luz invernal que baña los árboles y las fachadas de las casas de sus vecinos. Prescinde del escándalo navideño, cursilón, cocacolero, escándalo machacón de villancicos. Incluso ignora el crepúsculo, porque el paisaje en el que fija sus ojos pálidos parece siempre estar sumergido en el punto exacto en el que la noche le gana el primer asalto al día. Grises y sombras.

Ahora sabemos que la mujer corre la cortina de alpaca del Perú para ser espectadora privilegiada de un pedazo de tiempo y espacio en blanco y negro. Ya dijimos antes que tal vez buscaba recuperar ciertas sensaciones: un jadeo imperceptible, un hormigueo entre las piernas, un triunfo inobjetable. Ahora sabemos que esa tarde del 24 de diciembre, al asomarse a la ventana, busca transgresiones.

¿Qué es lo que ve entonces?

Un chalet como el resto de los chalets, pero éste tiene las paredes manchadas de hollín, con algunas grietas superficiales, cicatrices de años y años. Porque ese chalet ya estaba ahí cuando construyeron los demás y el bulevar y el camellón. Un jardín descuidado de mala hierba, zarzas que se lo comen todo, troncos podridos, hiedras incipientes. Le falta poco para ser una casa abandonada. Pero la mujer sabe (y nosotros con ella) que alguien la habita: una cara anciana tras una claraboya y un jardinero mudo, de mirada torva, andar cansino, que no hace su trabajo de jardinero porque al caer la noche debe prender la hoguera. Como si únicamente ésa fuera su obligación.

Y la de cuidar a las bestias, ha deducido la mujer hace tiempo.

La mujer, que tiene una idea afeminada de las mascotas, que quisiera que fueran de alpaca, como la cortina, les dice bestias a los dos perros que cuidan la casa de enfrente. También bestias del demonio. Pertenecen a la raza tosa inu. Una raza molosa que surgió de la cruce entre el gran danés, el san bernardo, el bulldog, el mastín y el japonés shikoku inu. Cuando caminan por el despeinado jardín, los músculos de las patas delanteras y de los cuartos traseros se revelan como cadenas montañosas. Cuando descansan a la sombra de un naranjal anémico, sus hocicos elegantes se muestran taciturnos, lejanos. Cuando retozan, parecen poseídos por el espíritu de un niño de antes, de esos de pantalón corto y obediencia.

¿Qué espera la mujer de estos animales que rondan el jardín de enfrente sin otro objetivo que reinarlo?

La caza y la hoguera. Y al rostro anciano que observa desde la claraboya que se cumpla con el rito. Porque ésta, a diferencia de la mujer asomada en la ventana, sí es una liturgia. Los pichones no aprenden, se dice la mujer. Son tontos, predecibles. De un tejado a otro, siempre caen en el jardín abandonado atraídos por la comida de las bestias. No uno ni dos ni tres, cientos en un día. Ahora sabemos que la mujer, al correr la cortina de alpaca del Perú ese 24 de diciembre, lo hace para esperar. No al crepúsculo ni al hombre, son cosas del pasado. Espera el momento en que los perros surgen de entre los matorrales y parten en dos a un pichón confiado, feliz del paraíso de croquetas. Son idiotas estos pájaros que ni pájaros parecen, piensa la mujer. Ella cree, aunque es imposible, que alcanza a oír el chasquido de los huesos al romperse entre las mandíbulas de los perros. Una vez que la presa está muerta, las bestias se acuestan sobre sus vientres y observan el cadáver con ese aire triste de los perros en reposo. Parecen arrepentidos. Pero de inmediato contradicen su mirada contrita y husmean traviosos el jardín. Siempre hay otro pichón, y otro, y siempre terminan en las fauces de las bestias del demonio. A la mujer le divierte cuando una o dos plumas se quedan pegadas al hocico de los perros, en un rastro de muerte inconfundible, y éstos otean el horizonte hasta dar con la ventana de la mujer. La ven por unos segundos, inclinan la cabeza a un costado como una interrogante y con una lengua rápida se desprenden de las plumas.

Con el paso de las horas, el jardín se convierte en un cementerio de pichones. Manchas negras atrapadas en los hierbajos, entre la hojarasca. Bultos inertes que las hormigas devoran. Mojones de una frontera entre dos mundos. Ahora entendemos que la frontera se ha convertido en una tentación para la mujer. Al caer la noche, cuando la tarde se ha dado su tiempo con la mujer en la ventana y decide, por fin, seguir con su tarea en otras ventanas, aparece el jardinero mudo, de mirada torva y andar cansino. Los perros lo saludan con sus rabos nerviosos, olisqueando su entrepierna y su culo, golpeando suavemente el dorso de la mano con el hocico. El jardinero, con un rastrillo largo y molacho, comienza a peinar la tierra con paciencia, con esmero, con mucha ancianidad. Esa noche tan especial la montaña de pichones llega al pecho del jardinero. Los cadáveres de los pájaros parecen revivir con los bríos de la gasolina. Es sólo una ilusión que desaparece cuando el fuego devora los cuerpecillos con una urgencia adolescente. Luego las llamas toman su curso e iluminan la Noche buena de ese bulevar, la ventana de la mujer y a la mujer que, por efecto del reflejo, parece arder en la hoguera.

La mujer piensa que nunca ha visto un árbol de Navidad más hermoso que esa pira de pichones ardiendo contra la oscuridad.

\*El presente relato forma parte del libro *Itinerario del abismo*, de Imanol Caneyada, editado y autorizado para su publicación por FCE



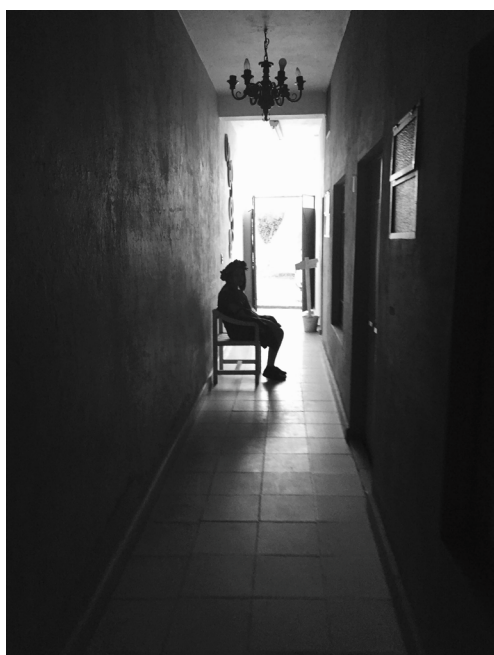
*Los hijos del bosque 10*, Gibrany Jazzmeleth Becerril Saenz



*Los hijos del bosque 4*, Gibrany Jazzmeleth Becerril Saenz



*Ohayo Fujisan*, Piamrak Mothanaprakoon



*Sala de espera*, Daniela Fischer Durán

# autopista 52

armand r.

*...esa carrera en la noche entre autos desconocidos  
donde nadie sabía nada de los otros,  
donde todo el mundo miraba fijamente hacia adelante,  
exclusivamente hacia adelante.  
julio cortázar*

creo que empecé a comprender que la cosa no estaba muy bien, cuando observé aquel yate —con 30 pies de eslora— compitiendo por una posición en la autopista contra el carro compacto color verde y placas comerciales. en realidad no le puse mucha atención, venía preocupada por los detalles del trabajo, pero me pareció un tanto descabellado que los marinos del barco vinieran echando agua de mar sobre los otros coches, sobre todo, porque en el entronque —donde la autopista hace intersección con la carretera al sur— los muy abusivos estaban intentando —también— derribar la luna. fue, en ese instante, que me pregunté, “¿para qué quieren abatir al astro?, total no les serviría de mucho, ¿qué haríamos con la luna sobre la autopista?, ¡pues nada!”, me reafirmé. en ese momento, iba a sacar la cabeza —por la ventanilla— para gritarles alguna obscenidad, cuando se despejó el tránsito así que aproveché y pensé que otra les diga sus verdades. la alegría no fue mucha, porque apenas avancé unos metros y de nuevo el movimiento de automóviles se volvió a poner denso. todos íbamos a vuelta de rueda. por el retrovisor observaba a la embarcación moviéndose lentamente, ahora sí, cerrándole el paso —de una manera abusiva— al compacto verde, el piloto le bocinaba frenético, pero el capitán del imponente yate se hacía el desentendido; la quilla flotaba lentamente sobre el carril de alta velocidad, aunque todos viniésemos despacio. dejé de verlos por el espejo cuando me percaté que la señora del auto de la par intentaba, esto no sé cómo, asesinar con un filoso cuchillo a su copiloto. el hombre, un señor mayor —con poco pelo— se defendía con un viejo escudo —de esos míticos que servían para guarecerse de las llamas de los dragones— de las puñaladas que la mujer le tiraba a diestra y siniestra. lo que no alcanzaba a concebir era cómo seguía la señora el ritmo lento del tránsito e intentaba acuchillar a su copiloto. tal vez era solo mi imaginación. al final, lo que yo deseaba era llegar a casa, después de una extenuante jornada de trabajo. así que me propuse no observar nada, le di volumen al radio y el locutor anunció la hora, “¡vaya, qué raro!”, pensé, este sol es de ocaso. salí de la oficina. me parece muy extraño, pero el locutor afirma que está amaneciendo. esto se está volviendo un poco incoherente, pero tampoco hice caso al sol, porque en la siguiente intersección estaba la salida para mi hogar. sin embargo, al llegar al crucero de calles un policía municipal desviaba



los autos, me detuve justo frente a él, bajé la ventanilla izquierda y le expliqué que yo vivía en aquella dirección. el hombre —con un tono amable— me indicó que no se podía seguir por esa ruta, porque desde esa madrugada la autopista tenía un nuevo tramo. —¿cómo?, —le pregunté desconcertada. —sí, lo que oye señora, apareció así de repente, —me reafirmó, —y por esa razón no se puede ir por esa dirección. le argumenté enfadada que yo vivía en esa ruta. —¿qué no se puede pasar señora!, —me respondió con un tono algo golpeado. —que sí, déjeme pasar, yo viví por ahí. los vehículos en la fila se aglomeraron y un hombre gordo que venía en el auto de atrás se prendió a su claxon, haciendo un ruido estridente. entonces, el municipal se distrajo y fue a levantarle una infracción. preciso momento que aproveché para escabullirme. efectivamente avancé los primeros metros por la sección, pero no era igual como yo la había dejado por la mañana. ahora en la primera curva estaba el mar, de esos que se miran en las postales con un color turquesa increíble, a pesar de que era muy bello, intenté no hacerle caso, presioné el acelerador para alcanzar la siguiente curva; al virar el timón y empezar a sobrepasar la misma quedaba únicamente en el horizonte, como a la deriva, una de las casas del lujoso condominio que en los últimos meses habían estado construyendo. intenté no entrar en pánico, pero lo siguiente que observaba, era un hermoso precipicio, más que abismo era un acantilado donde los vientos del desierto se extendían por todo un paisaje árido, ululaban con esa musicalidad que traen al golpear las rocas. paré inmediatamente, miré por el retrovisor y puse marcha atrás, aceleré a fondo y gané la primera curva, ahí observé la mar que se había instalado desde el instante de mi partida en la mañana y mi intento de retorno. algo me tranquilicé, porque en esa posición observaba al policia de tránsito y podía preguntarle para dónde se había ido la carretera que conducía hacia mi casa. luego de desandar las dos curvas, me acerqué al uniformado y —desde la ventanilla del auto— le pregunté, —¿para dónde va el camino? él me miró sorprendido y me comentó, —los caminos siempre van para adelante, señora. —no, no, —contesté y le repregunté, —¿cómo hago para llegar a la ruta 33? —¡ahhh!, me dijo con tono dubitativo, —la cosa está difícil, porque esta mañana nos han reportado que se han estado moviendo en dirección este. —¿cómo?, —le respondí sorprendida. □sí, en dirección este me confirmó. a preguntarle nuevamente iba, cuando le sonó el radio transmisor que tiene colgado en el hombro, el hombre con voz formal dijo, —te copio, te copio. —atención, —se escuchó la otra voz, con cierto crash, que salía por el parlante que informaba, —la autopista sur ha tomado rumbo noroeste, anótese. —te copio, te copio, —repitió el municipal de tránsito, —cambio y fuera. luego se volvió hacia mí y trató —con un tono amable— de explicarme que habían tenido un poco de dificultad con las autopistas, —estas se han estado moviendo en direcciones opuestas a las sugeridas, —me dijo, —por ejemplo, como usted misma lo escuchó, la autopista sur ahora tiene rumbo noroeste. me vio con tanta aflicción en mi semblante que me dijo, —porque no prueba la intersección 52, esta ha tenido cierta estabilidad.

luego detuvo el tránsito que venía lento y me dejó ingresar. a vuelta de rueda, como marcando los segundos para la eternidad, iba cuando —otra vez— el compacto verde me alcanzó. el señorcito que lo conducía bajó su cristal y me preguntó si sabía cómo llegar a la intersección 33. a gritos le contesté que no, que no tenía la más remota idea, pero que yo vivía por esta ruta... —gracias, me dijo, subió su cristal y miró para el otro lado. “gracias, ¿por qué?”, me quedé pensando. presioné la bocina como para que me volteara a ver, pero el hombre siguió ensimismado. para este momento tenía varias horas de conducir el carro en medio de aquel tropel de automóviles. estaba hambrienta, escuchando las tripas de mi apetito cuando apareció un restaurante, esos de comida rápida y autoservicio. aproveché la ocasión e ingresé. como siempre en la cartelera se anunciaban las ofertas, los famosos combos. por tradición le indiqué a la voz amable que atendía el altoparlante que me sirviera un combo número 2. como siempre me ofreció otros de sus productos alimenticios, —no gracias, le respondí. la voz me indicó cuánto era y que continuara a la siguiente ventanilla. al llegar me llevé un susto tremendo porque la voz amable venía de un hermoso rinoceronte. vi que me vio sorprendida, pero con el oficio a cuestas se hizo la desentendida. “já”, pensé, lo que me falta es que un hipopótamo sea quien me entregue la orden, pero fue un galán cocodrilo quien me la sirvió, como esos que aparecen en los documentales. este me dio mi comida con una hermosa sonrisa de oreja a oreja, esto es solo un decir, porque los cocodrilos no tienen orejas. estacioné mi auto. con un par de dentelladas me atraganté la hamburguesa. prendí la radio y una suave música de los años cincuenta invadió el ambiente, las voces agradables de las cantantes me tranquilizaron un poco, *mr sadman, brig me a drean / make him a cutest that i've ever seen...* tararé un poco la canción y me perdí un tanto por los recuerdos que no había vivido con esas letras, porque yo apenas había nacido al final de los años ochenta, casi rascándole la puerta a los años noventa. al terminar la canción, la cadenciosa voz varonil de un locutor formal anunció el nombre y al grupo sensación del momento, las chicas “*the chordettes*” ... ¿cómo?, pensé, no, no, no... y me eché a reír, ahora solo me falta que no sea el año. ¡para qué lo dije!, y la voz del presentador anunció que ya solo faltaban 18 días para que terminara el fabuloso año de 1958, ...*bring me a dream, mr. sadman...give him the word that i'm not a rover... mr. sadman...* seguí con la tonadita metida en la cabeza. medité en la letra, “dile que se acabaron las noches solitarias”. respiré profundo e intenté ingresar por el carril lateral a la autopista, como era de esperar todos los autos eran clásicos, bueno, por lo menos para mí. esos coches grandes y elegantes con colores serios y enormes cajuelas. un hermoso convertible, azul metálico, se acercó a mi costado izquierdo y el galán de cabello engominado me coqueteó. me sentí halagada hasta que se burló de mi compacto gris. subí el cristal y le di volumen a la radio. intenté concentrarme en la intersección 52, esa era una buena opción para llegar a casa y recordé las palabras del municipal de tránsito, “la ruta 52 ha estado estable.” así que con un poco más que paciencia me enrolé otra vez en la fila de autos, a paso lento intentaba llegar a la intersección. en la radio sonaba

otra canción del recuerdo, ¡claro!, para mí, así que cambié de un golpe el sintonizador y la autopista volvió a la normalidad; probé otra vez y los años cincuenta, otro golpe y mis años, una vez más y aquellos años y otro golpe al sintonizador, mis años, reí divertida. entonces, tomé la opción por mis años, ya que todo lo que me interesaba era llegar a casa. mientras mi auto se desplazaba lento como mi día a día por la autopista de esta vida.



*Valeria Bandala*

# Bolaño & Bolaños

## (y Dios quiera que el GNC no me demande)

Waldo de Esva

Coincidieron en la cima de una montaña Roberto Bolaño y Roberto Gómez Bolaños.

Saludó éste:

— Buen día, hermano.

Aquél no contestó.

— Hoy estás de mal humor... — observó Roberto Gómez Bolaños.

— Sí — confirmó Roberto Bolaño —, pues últimamente me confunden contigo; me llaman por tu nombre y me tratan como si fueras tú, y eso me molesta muchísimo.

A lo que Roberto Gómez Bolaños replicó:

— Pues a mí también me han confundido contigo y me han llamado por tu nombre.

Al escuchar esto, Roberto Bolaño se alejó, maldiciendo entre dientes la estupidez de los hombres.



*En calma, Ignacio Navarro*

# El día que los globos cruzaron por el pueblo

Fidel Cantú Quintanilla

Una mañana de abril del año de 1987, mientras dormía en la recámara con mi madre, escuchamos un estruendo en la cocina. Caían al suelo algunas cacerolas que estaban sostenidas por unos clavos incrustados en una madera, sin duda, los gatos serían los responsables de semejante ruido. Provocaron que despertáramos tan temprano. O tal vez, era alguien que habría entrado a robar. Mi madre se levantó de la cama, cerró la ventana del cuarto para atajar el aire fresco que circulaba de manera desordenada por la habitación. Se dirigió hacia el lugar de los hechos. Había platos, vasos, utensilios y sartenes esparcidos por el piso, mientras que, en un rincón de la casa, dos gatos observaban cómo mi madre levantaba del suelo los objetos. Como si los gatos entendieran su molestia. Me levanté detrás de ella, la seguí hasta la cocina, eran las siete de la mañana, quinto día de vacaciones de Semana Santa, regresé al cuarto, encendí la televisión, moví la antena hasta encontrar recepción de señal para poder ver los programas que se transmitían desde Monterrey, no había nada, no tuve suerte, solo señales borrosas, nada más un canal de noticias se podía ver con claridad, transmitiendo desde la Ciudad de México, reportando accidentes, inundaciones y robos que hacían eco en mis oídos. Apagué el televisor. Volví a donde estaba mi madre, se encontraba preparando el desayuno, ella siempre me cocina lo más delicioso, me dice que debo empezar el día con energía. Después de consumir los alimentos me dirijo a trabajar.

Un canasto grande de ropa sucia le esperaba a mi madre en el patio para lavar y tender, para que durante el día el aire y el sol realicen la parte que le corresponde, la de secar la ropa. En lo que a mí respecta, ahora que estoy descansando de mis labores escolares, se me ha encomendado una tarea especial, la cual consiste en que todas las mañanas debo regar las plantas. Eso estaba haciendo precisamente cuando mi perro Raffles empezó a ladrar. De seguro han de ser los gatos que ya andan en la azotea, brincando de casa en casa. Pero, al voltear hacia arriba cuál fue mi sorpresa, unos globos gigantes de muchos colores surcaban los cielos, al principio me asusté, puesto que nunca había visto algo similar, corrí hasta donde estaba mi madre, grité desesperadamente.

—Mamá, mamá, ¿dónde estás?, ¡corre madre, corre!, en el cielo, ven a ver, hay globos grandes, mira, ven a verlos.

—Hay voy, espera, aún no termino con esta ropa, la estoy enjuagando. Dame un momento.

—No mamá, se van a ir, no los vas a ver, mira acércate acá. En el cielo. Están pasando. Son globos gigantes.

Mi emoción era incomparable, no creía lo que estaba viendo. Jamás había pasado algo tan impresionante por este cielo, habíamos visto aves, helicópteros o aviones a miles de metros de distancia, pero globos nunca, observar esos maravillosos artefactos en el cielo azul, en verdad era impresionante. Tenía apenas siete años, ¿pueden creer lo emocionado que estaba?, mi corazón palpitaba de una sorpresiva emoción. Salí a la calle, estaba todo mundo allá afuera viendo a los globos aerostáticos. Desde las canastillas había gente saludando, alcanzamos a ver que con sus manos nos señalaban diciéndonos “adiós”. Los amigos del barrio también salieron a admirar el espectáculo. No podíamos creer que los globos cruzaran por el pueblo. Después sucedió algo inesperado. De los más de quince globos, hubo uno de rayas con los colores del arcoiris que bajaba más que los otros, se iba acercando, pensé que estaba cayendo, que a lo mejor estaba averiado, se acercaba más y más hasta donde nos encontrábamos, de pronto arrojó unas hojas de colores que al caer sobre el piso corrimos todos despavoridos a levantarlos, era obvio que había algo escrito, debían al menos tener un mensaje. Nos abalanzamos para recoger las hojas. Se trataba de anuncios publicitarios de un espectáculo único. Resulta que los globos formaban parte de una campaña de publicidad para informar que, desde Arizona, Estados Unidos venían a ofrecer a la población en general paseos en globo. El anuncio publicitario decía así:

*“Te gustaría volar en uno de estos globos, admirar el paisaje de tu ciudad, ver desde los cielos los ríos que recorren los valles, admirar los lagos y las montañas que están a tu alrededor. Si estás interesado, te esperamos a ti y a tu familia. Estaremos por un corto tiempo, en el Río Santa Catarina, de la Ciudad de Monterrey. Los esperamos”*

Mi madre por fin salió a la calle al escuchar tremendo alboroto. Sorprendida porque todos estaban con la mirada hacia arriba. Ella volteó y quedó maravillada. Después bajó su vista para buscarme entre la multitud. En ese momento la vi, ella sonreía. Estaba feliz de que yo estuviera feliz. Camina hacia mí. Me abraza. Ambos nos quedamos ahí, mirando hacia arriba, con una voz pausada me comenta.

—“Estos hermosos globos pasan hoy por nuestro pedacito de cielo, por estos valles céntricos en el que nos tocó nacer. No recuerdo haberlos visto pasar por aquí nunca, también es la primera vez que veo algo así, me alegra mucho que lo estemos disfrutando”

—¿Podemos ir a Monterrey y subirnos a esas canastas?, crees que papá quiera llevarnos.

—No lo sé hijo. Cuando venga del trabajo le preguntamos. Pero, si nos dice que no, tú debes entender, que ir a la ciudad está muy lejos y subir a

esos globos debe tener un costo, tú sabes que no contamos con mucho dinero.

— Lo sé mamá. Si no se puede, al menos hoy estamos disfrutando de esto. Sabes que nunca olvidaré este día. Los globos siguieron su vuelo rumbo al norte.

Al igual que mi madre, yo y muchas otras personas se sorprendieron al verlos pasar. En el barrio hubo quienes tomaron fotos. Al día siguiente el periódico local habló del suceso, fue ahí donde vi las fotografías de los globos que cruzaron por el pueblo. Inolvidable acontecimiento.

Después de treinta y cinco años de aquel inesperado evento, mientras organizo las cosas que ha dejado mi madre antes de morir. Encontré en una caja de recuerdos, aquel maravilloso recorte. Mi madre lo conservó todos estos años, ese bello recuerdo en un papel que se ha hecho amarillo por el paso del tiempo, ha perdido su color. No evitó que inmediatamente me haya transportado a mi niñez, he vuelto a sentir que estaba ahí, regando las plantas, escuchando ladrar a Raffles y mirar al cielo.

Salí a la calle. Volteé hacia arriba, observé lo azul que se veía el cielo en un día despejado. En ese mismo cielo, hace muchos años viví la experiencia más fantástica de mi infancia. Es difícil explicarlo cuando de niño tenías la ilusión de “subir a la canastilla de alguno de esos globos”, ver la ciudad y el valle desde allá arriba, pero entendí que los recursos económicos de mi familia no eran favorables en ese momento. Hoy he volado mucho más alto viajando en avión. Nunca he olvidado que, de niño, admiré la cara de sorpresa al ver a mamá. Mirar el cielo juntos, disfrutar ese bello momento. Cruzar nuestras miradas y sentir cada uno la emoción de estar ahí, de contemplar nuestras sonrisas. Ese día lo recuerdo bien. Cuando regresamos a la escuela comentamos el paso de los globos por el pueblo, hicimos dibujos e inventamos historias. Esos escritos también estaban en la caja de los recuerdos.



Paloma Niembro





# El Llanto de Julia

Charles Elliot

*A Tulia Mercedes Mendívil Valiente*

—Yo recuerdo que Julia siempre fue llorona—. Llegaba hasta la cocina cuando yo estaba atizando la leña para el fogón y decía: “tía, tengo ganas de llorar”—.

—¡Je! ¿quieres llorar, mi’ ja? vete para allá y siéntate debajo del palo de níspero y llora todo lo que puedas, mi vida, que cuando termines ya estará listo el arroz—. Respondía la mujer.

Entonces transcurrían horas ininterrumpidas de llanto hasta que, sobrepuesta regresaba ante su cuidadora; todavía entrecortada la voz por las lágrimas, y le decía: “Ya, tía”.

La suerte de Julia cambió cuando, cierta vez en el velorio de un vecino, lloró tanto que se desplomó. La sacaron en brazos. Mientras la tía procuraba darle aire con la tapa de una olla, un hombre vestido de un luto impecable, se acercó y le dijo: “mija, tú eres buena pa’ llorar”, y le extendió una pequeña tarjeta blanca que tenía una paloma con un ramito de Olivo grabadas.

A la semana siguiente, Julia ya encabezaba la comitiva de tres mujeres plañideras que ofrecían sus servicios en cuanto funeral y velorio hubiera en el pueblo. Julia era la más joven de ellas. —¡Ay, Dios mío!, cuando esa mujer llora a mí no sé qué es lo que me da. Lloro con tanto sentimiento que uno siente como si el muerto fuera de uno— comentaba la gente.

La fama de Julia se extendía por toda la sabana. Los ricos del pueblo la contrataban para que fuera a llorar a los velorios de sus familiares. En esas ocasiones, Julia estrenaba frasecillas nuevas de su repertorio que hacían estremecer hasta al más impasible de los asistentes. “No somos nada, no somos nada”, clamaba Julia ahogada en llanto.

—Que traigan a Julia, yo a mi hijo no lo entierro si no lo llora ella—, gritaban las madres doblegadas por el dolor, mientras otras mujeres las sostenían por los brazos, evitando el desplome ante el cuerpo tieso de sus hijos.

Julia no tenía que hacer mucho esfuerzo para llorar. Solo iba, se plantaba ahí, con su vestido de olán negro, unas enaguas púrpuras, un rebozo que le cubría la mitad de su cabello castaño y un pañuelo de seda blanco con una rama de olivo bordada. Parecía una virgen enlutada que lloraba ante su cristo caído. Lloraba y se daba golpes en el pecho, “Ay, Dios mío, qué dolor, padre santo, te lo llevaste, te llevaste mi vida, Señor. ¡Échenme en ese hueco a mí también, échenme esa tierra encima!”. La concurrencia se estremecía.

Un día, en mitad de la noche, mientras dormía, Julia despertó sumida en un llanto inexplicable. Sentía que lloraba, como de costumbre, lo sabía por

aquella humedad en el pecho, pero esta vez no salía una sola lágrima de sus ojos. Quizá estaba exhausta. Las fiestas de corralejas dejaban muchos muertos y a ella le había tocado llorarlos a todos. Sus compañeras se fueron de parranda y nadie podía soportar la impudicia que era ver a plañideras ebrias llorando en velorios; ese gesto vulgar del llanto tras el gozo concupiscente.

Dos días después, el pueblo descubrió conmocionado que Julia no podía llorar, —pobrecita, ha de estar agotada, reponete pronto, muchacha—, le dijo su representante. Julia había ido al funeral de un humilde hombre que cayó por la barranca mientras acarreaba agua para su casa en el lomo de su mula. Por más que lo intentó, el llanto no acudió a sus ojos. Esta vez se preocupó realmente, pues, además, sentía que la humedad en el pecho, huella inconfundible de su llanto, también se desvanecía.

—Es que la gente se seca después de tanto llorar, tiene que dejarla descansar— le dijo la tía a su representante tras la queja de que Julia no se estaba esforzando lo suficiente.

En el patio de la casa una lechuza se posó sobre el níspero. La noche bañada por la luz de una luna pálida hizo que su canto fuera más claro. La tía la escuchó desde su cuarto y empezó de lanzar improperios al aire.

—Te vas de aquí, maldito pájaro de la muerte, aquí a nadie tienes que buscar todavía—.

A la mañana siguiente, Julia no tuvo hambre, perdió el olfato y de pronto, experimentó un breve alivio. Una alegría ligera, imperceptible; se le instaló en la cara. Sonrió.

Aquella misma tarde su cuerpo yacía inerte en la sala de su casa. Una multitud de dolientes llegó sorprendida por la noticia. La tía se afanaba en llorar, se golpeaba el pecho, halaba de su cabello, gritaba con voz desgarrada, pero a todos pareció que su plañir estaba teñido de cierta falsedad, de una excesiva afectación que daba al llanto un aspecto irreal. Una plañidera vieja no podía conmover a nadie.

La tía se desplomó. El olor del café de olla hizo a todos precipitarse ante la mesa del patio. Al cabo de unos minutos se escucharon los primeros rezos.



Valerio Bandala

# Escala técnica

Fabiola Bonilla

Cierto día tenía una entrevista de trabajo.

Me levanté temprano, me bañé, me vestí, comí algo, me lavé los dientes y salí corriendo con mi portafolios en la mano. Me subí al auto y al llegar a la esquina recordé que tenía ganas de orinar. Ya no me alcanzaba el tiempo para regresarme, así que seguí mi camino pensando que ya encontraría un baño.

Dejé mi auto en un estacionamiento público y caminé algunas cuadras para llegar al edificio donde mi entrevista tendría lugar.

Ya casi encontraba el número cuando pensé que sería muy embarazoso que al presentarme mi primera pregunta fuera *¿dónde está el sanitario?*, de manera que decidí entrar a un edificio público que estaba justo antes del edificio al que iba yo.

Había un gran vestíbulo y mucho movimiento de gente entrando y saliendo, subiendo y bajando. Al fondo alcancé a distinguir una señalización que indicaba con una flecha la dirección hacia los sanitarios. Haciendo caso a esa flecha caminé por un pasillo hasta llegar a una puerta con un letrero que decía "Tocador".

Abrí la puerta y me encontré con un cubo de escalera. Había escalones hacia arriba y hacia abajo sin ninguna otra indicación. Subí un piso y no había nada. Ni siquiera otra puerta para entrar a ese nivel. Entonces decidí regresar al punto de partida y bajar un piso más. Tampoco había nada, lucía exactamente igual que arriba. Descendí un nivel más, pero el paisaje era idéntico. Por la prisa que tenía de llegar a la entrevista tomé la decisión de irme. Subí los dos pisos correspondientes pero no encontré la puerta por la que había entrado.

Pensé que había contado mal, por lo que subí otra escalera. Tampoco encontré la salida. Muy raro. Subí otro piso más y lo mismo. Esta vez tenía la certeza de que ya había subido más niveles de los que correspondían. Entre la hora que era y una barnizada de nerviosismo que empecé a sentir, bajé rápidamente fijándome bien en cada nivel para no tener la menor duda de que no había pasado por alto la puerta. Bajé como cuatro pisos y no encontré nada. -No puede ser- pensé- esto se está poniendo feo. Y entre más descendía, más bajo era el voltaje de los focos, por lo que me pareció más seguro empezar a subir que seguir bajando. Pero ahora, hacia donde me moviera se tornaba más oscuro. Algo de lo que no me había percatado por mi confusión, es que no se escuchaba absolutamente nada más que el sonido de mis pasos y mi respiración agitada, lo cual me causó escalofrío. Continué subiendo y después de varios pisos tuve que detenerme porque la luz ya era muy escasa, equivalía a la iluminación de una sola vela. Me empezó a invadir el miedo y me senté en un escalón a tratar de pensar con calma qué podría hacer. Unos minutos después, mi mente se

congeló al escuchar que se abría una puerta. Enseguida escuché unos pasos que subían o bajaban, no lo sabía, pero se aproximaban hacia mí. Un hormigueo me recorrió todo el cuerpo y me quedé sin respiración. Durante algunos minutos la angustia me consumió al escuchar ese persistente andar sin saber de dónde venía. Tenía un ritmo muy lento y pausado, pero ligero, que ocasionalmente se interrumpía en los descansos de la escalera. Al percibirlo a tan sólo un piso de distancia, pude distinguir que venía de abajo. De pronto ví la sombra de la persona proyectada en los escalones y estaba a punto de descubrir su rostro en cuanto diera la vuelta al descanso, pero en ese justo momento la luz se apagó por completo. Nunca en toda mi existencia había sentido tanta sangre agolpada en mi cabeza, ni a mi corazón detenerse tan abruptamente. Aún sin luz, y sin titubear ni un solo instante, él o ella siguió subiendo la escalera hacia donde yo estaba. Si no me desmayé fue por terror a quedar inconsciente en manos de quién sabe quién. Entonces llegó hasta el escalón donde me encontraba y se detuvo como si hubiera olido mi presencia. Podía oír su respiración, mas no creo que pudiera escuchar la mía. Su ropa rozaba mis brazos, los cuales abrazaban mi cuerpo que más bien parecía una cochinilla envuelta en sí misma. Ahí permaneció por interminables segundos, durante los cuales descubrí el sonido que hace la sangre al pasar por los oídos. Después de una eternidad, continuó subiendo la escalera como si tuviera visión infrarroja. La sola idea de ello me aterró al imaginar que me observara sin que yo pudiera verlo o verla.

Escuché sus pasos subir, mientras que mi corazón bombeaba con gran fuerza como no queriendo permitir que mi cuerpo dejara de estar alerta. Después de haber subido tres pisos, se detuvo y pude oír cómo introdujo una llave en una cerradura y dio vuelta a una perilla. Abrió la puerta y entró. Por algunos momentos de suspenso me quedé esperando que cerrara, pero eso no sucedió. Simplemente se alejó. Entonces mi mente me tocó el hombro con brusquedad avisándome que ahí estaba la salida. Súbitamente me invadió la urgencia de precipitarme hacia ella sin importar a dónde condujera. Sin pensarlo más me incorporé y gateando por los escalones comencé a subir a tientas.

Según mis cálculos ya había subido los tres pisos, por el número de descansos que había pasado. De pronto sentí una corriente de aire que pasaba por mi rostro. Supuse que había llegado a la salida. Me levanté y caminé hacia el origen de la corriente de aire muy lentamente. Extendí mis brazos a los lados y sentí lo que parecía ser el marco de la puerta. Decidí entrar, a riesgo de no encontrar el camino de regreso. Caminé de frente y me topé con pared. No había otra opción más que dar vuelta a la derecha. Avancé a tientas para guiarme y durante un buen tramo mis manos no detectaron nada más que pared: ni una puerta, ni una irregularidad en los muros, ni un cuadro, ni un interruptor eléctrico, nada. El piso parecía estar alfombrado. De pronto otra vez topé con pared y tuve que virar a la derecha. Y así con mis manos leyendo los muros caminé otro tramo igual de largo. Volví a toparme con pared y a dar vuelta a la

derecha. Tal cantidad de veces hice lo mismo que perdí la cuenta. Mi trayectoria describía un laberinto cuadrado y quién sabe cuándo llegaría al centro. Me detuve a descansar. Me recargué y me deslicé para sentarme en el suelo, pero al hacerlo algo llamó mi atención. Mi espalda detectó un relieve. Me puse de pie y lo palpé. Era un interruptor eléctrico. Sentí alivio, pero también un gran temor de encenderlo. Me armé de valor y prendí la luz, amarilla y tenue por cierto. Me petrifiqué cuando descubrí que me encontraba en un cubo como de dos metros por dos metros. Parecía estar en el centro del laberinto, pero sin salida. Y al centro del reducido espacio apareció ante mi vista un escusado. Hasta ese momento mi atormentada mente había reprimido el deseo de orinar, pero la sola imagen del retrete lo trajo de regreso en milésimas de segundo con una intensidad que me asustó. Y no sólo eso, ahora también me urgía defecar y con prioridad. No sentía ni la más mínima confianza de sentarme ahí, pero era ahora o nunca. Tenía que deshacerme de todo eso que originó la pesadilla. Levanté la tapa, me senté y me disponía a hacer lo propio cuando descubrí que el escusado no tenía agua. A esas alturas no me importó, pues ya estaba a punto de reventar, de modo que procedí. De pronto comencé a sentir que el inodoro se movía. Éste, junto con el piso, comenzó a elevarse. Enorme fue mi sorpresa al rebasar los muros, ya que descubrí que me encontraba en un elevador panorámico que emergió de un nivel inferior a la planta baja del edificio. Ahora me encontraba en exhibición ante los ojos atónitos de toda la gente que estaba en el vestíbulo y en cada piso por el que iba pasando. Lo único que podría ser más embarazoso sería levantarme y acomodarme la ropa para tratar de ocultar lo que ya habría sido expuesto al levantarme.

Un sudor helado recorrió todo mi cuerpo. Repentinamente el elevador se detuvo y se abrieron las puertas. El desconcierto aventó hacia atrás a dos personas que pretendían entrar al elevador. Se repusieron y fingiendo no haber notado nada extraño se subieron.

Yo no sabía dónde poner mis ojos ni mis manos. Sólo clavé mi cabeza en mi pecho para tragarme la vergüenza, no sólo por el espectáculo sino por el inocultable aroma que era aún más potente de lo normal ya que el escusado no tenía agua.

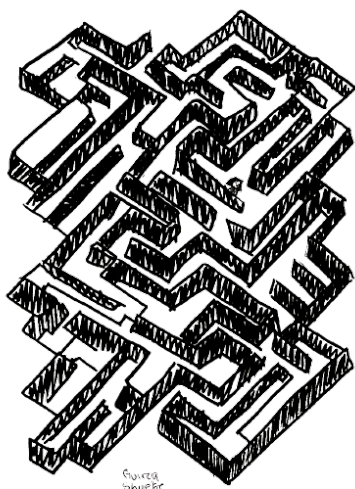
Cinco interminables pisos después se bajaron del elevador y ahora no parecía haber nadie que me observara. Me incorporé rápidamente y me acomodé la ropa mientras el elevador continuaba ascendiendo.

El ascensor se volvió a detener y se abrieron las puertas. Yo simplemente me paré a un lado del escusado queriendo aparentar que no tenía nada que ver con él. Entró un hombre con overol y cachucha, parecía ser de mantenimiento. Sin decir nada y con determinación tomó la taza del escusado y se la llevó saliendo del elevador. Me quedé sin habla: en el lugar donde estaba el escusado yacían mis desechos intactos. Mi mente se congeló tratando de pensar qué iba a hacer con eso. En el piso siguiente se abrieron las puertas del elevador

y quedé frente a una recepcionista que se encontraba detrás de un escritorio. Su mirada fue jalada inmediatamente hacia el pequeño y discreto detalle. No pudo evitar esbozar una expresión espontánea de extrañeza y asco. Detrás de ella se leía en letras grandes el nombre de una compañía. Tardé algunos segundos en registrar que era la compañía en la que yo tenía entrevista. Palidecí. La señorita, quien aún no parecía comprender lo de los desechos me preguntó: —Usted viene a entrevista ¿no es así?— A lo que con gran asombro y retardo respondí —Sí...de hecho sí. Ella respondió —Bien, adelante por favor, enseguida le atienden. Si desea usar el tocador, vaya por esa puerta blanca, y baje la escalera.

Sólo pude contestar- Eh...¿Escaleras?

Fin.



# Primer paso

Mitzy Zylltzel Paredes Galván

Noté que salimos. Realmente, salimos. Llevaba todo en una maleta verde vieja que nos regaló mi abuela hace unos años. Mi madre había preparado nuestras cosas la noche anterior, toco mi mano y susurro:

— ¡Párate! Ayúdame a vestir a tus humanos.

Todo estaba oscuro en ese pequeño cuarto de lámina roja que todos compartíamos, únicamente entraba luz por la ventana del foco de la entrada, todavía no eran más de las 7:00 a.m.; mi padre dormía en el mismo cuarto y jamás lo noto, supongo que estaba cansado o simplemente pensó, igual que yo, que era uno de los tantos arranques de mamá, ella era así, decía que nadie la quería, mucho menos la amaban; yo la amo. Recuerdo seguirla, correr por el callejón, pero no salir a la calle, como pude agarre la espantosa chamarra café, la chamarra más fea del mundo para una niña de 13 años hecha de pana, pero me gustaba, la recibí en Navidad.

Aunque todo es borroso, recuerdo jalar la maleta, la maleta verde vieja con una manija negra mientras limpiaba mis ojos. Mi mamá me seguía con mis dos hermanos, uno en brazos y el otro más dormido que despierto tirando de su mano. Lloré. Lloré y olvidé, cuando de pronto mi tío estaba frente a nosotros tomando la maleta vieja; caminamos algunos metros sobre la banqueta con mis hermanos, mi tío, mi mamá y la maleta. Entramos al auto, un auto que hace poco era nuestro, el coche más nuevo que habíamos tenido con aire acondicionado para ir de vacaciones en familia.

Mi tío encendió ese auto, no recuerdo como subí, no recuerdo exactamente como sucedió, llegamos a casa, por su puesto no a la mía porque de ahí salimos, y seguramente no regresaríamos; todos llorábamos. Nos abrazaban y lloraban porque creían entender, entendían más que yo; yo no entendía nada; sólo lloraba. Sentí un nudo en la garganta como cuando te ahogás, pero un poquito más fuerte.

Mi mamá hablaba, ella contaba todo lo que había pasado porque ella lo recordaba bien, yo veía a mis hermanos, ellos eran felices mientras yo lloraba. Supongo que tiempo después comimos, hablamos, organizamos, lloramos más, acomodamos lo que había en esa maleta verde vieja. Sin embargo, poco recuerdo; sólo lloro.



# Reflejo

Fernando Huelgas

Fue demasiado rápido.

Estaba de pie mirando mi computadora cuando ocurrió. Vi sus brazos rodearme y luego... luego me trajo aquí. A este lugar donde contemplo todo y nada a la vez. Donde un frío infinito me envuelve hasta que quizá alguien, algún día, se atreva a cruzar este umbral que me separa de la realidad y me tienen en este espacio en la nada.

Vayamos con calma. La ansiedad de contar todo me embarga. Seguramente tú, lector (si es que alguien lee esto algún día), no entenderás nada de lo que digo. Vayamos al principio.

Piensa en un celular. Uno de esos bonitos modelos que Apple sacó al mercado. Limpio, sin botones. Un pedazo de vidrio con chips adentro. Ahora multiplica uno de esos por, digamos, unas 50 veces en tamaño. Ahí lo tienes: un espejo grande, enorme, del tamaño que estás imaginando. Una superficie que me reflejaba perfectamente. No solo a mí, sino al cuarto vacío en el que decidí colocarlo.

No es que ese cuarto estuviera vacío por gusto mío. Fue una combinación de necesidad y de desazón. Necesidad pues me encontraba en medio de mi segundo divorcio, así que las cuentas no me acababan de salir bien y no me terminaba de alcanzar para amueblar aquella casa que no era pequeña pero que a la vez era muy grande para mí solo. Desazón porque no tenía el menor ánimo - y, confieso, ni la creatividad suficiente - como para buscar muebles que hicieran un juego bonito con esas paredes que encerraban un vacío en el que yo mismo me había encerrado.

Un domingo sin rumbo fue que me llevó hasta una tienda de antigüedades en el centro de aquel pueblillo en medio de todo, pero sin visitantes. Casi que fui el único que entró en la tienda aquel día. Creo que vi a una pareja que se dedicó a pelear todo el tiempo sobre qué comprar y qué no. Y digo que creo que la vi porque, en estos momentos, no distingo bien qué es real y qué es lo que mi mente ha construido. Estoy seguro, sin embargo, de haber ido a aquella tienda y de haberla recorrido pacientemente de palmo a palmo. En algún lugar leí que comprar cosas usadas no siempre es lo mejor. Más allá del sobreprecio que se puede pagar por algo "antiguo", uno puede traer energías o cosas del más allá que no se alcanzan a entender. Claro, en mi lógica aplastante con la que siempre iba machacando los argumentos de los demás, no me importaba ni un comino ese tema. Así que compré una lámpara cromada para mi cuarto y el espejo que, apenas llegó a mi casa, me hizo darme cuenta que tenía esa forma de teléfono celular. Imaginarán mi decepción al darme cuenta que había comprado una ventana enorme a aquel tipo de artilugios sin los que no podía vivir pero que, a la vez, me disgustaban tanto.



Debo admitir que el cuarto donde lo puse mejoró bastante desde el primer día. Me explico: la luz que entraba por la ventana rebotaba feliz en el espejo y se dedicaba a brincar por todo el espacio vacío tal como un niño hubiera gozado de un trampolín. Además de eso, de inmediato se generó una sensación de amplitud tal que parecía que el cuartito había crecido hacia un pequeño mundo paralelo. Eso, desde luego, lo sabía. Los consejos en Pinterest y Houzz eran indiscutibles: darle espacio a una habitación pequeña mediante el uso de un espejo era uno de los trucos recomendados y recurrentes de esas y muchas páginas dedicadas al diseño. Ahí voy yo, con un cerebro falto de creatividad, a seguir las sugerencias de quién-sabe-qué-desconocido que me hizo pagar bastante dinero por ese espejo que parece un aburrido celular. Pero, en fin, allí estaba.

Si debo decir la verdad, estuve contento los primeros días. Claro, como todo lo material que nos llevan a comprar. Maldita publicidad, siempre caigo. Así que verme en el espejo y ver ese cuarto que se desdoblaba en una imagen estática eran fuentes de goce completo. Pasaba y me saludaba. Me paraba y me observaba. Veía también lo que había desordenado en la habitación y lo iba ordenando. Al menos en mi imaginación. Hasta que un día...

Un día noté que no era mi imaginación. Si pensaba que las cajas que al principio estaban en el cuarto estaban ordenadas, las volteaba a ver y estaban ordenadas. Si pensaba que no había cajas, volteaba a mirar el montón aquel de cartón y, en efecto, no había nada. Si volvía a pensar que las mismas cajas estaban apiladas en una hilera hasta el techo, así, en efecto, las veía en el cuarto.

Imaginarán mi felicidad y las posibilidades ante tal descubrimiento. Porque, claro, ¿quién con una completa lógica que se vuelve ilógica no aprovecha tal situación? Imaginé campos verdes y encontré pasto y los aromas de tierra mojada dentro de aquella pequeña habitación. Pensé en la guerra en Ucrania y la pobre gente que la sufre y miré a los rostros de desplazados que me veían tristemente en el mismo cuarto en el que estaba (les di comida, no soy tan inhumano). Luego pensé en cosas más alegres como en alguna de tantas fiestas con Gabo y Peñalta y ahí estaban los dos, en la misma habitación. Incluso pensé en aquellos ojos verdes que alguna vez tanto me quisieron y terminamos por hacer el amor en una mesa sólida y grande que para tal ocasión mi mente trajo a la habitación.

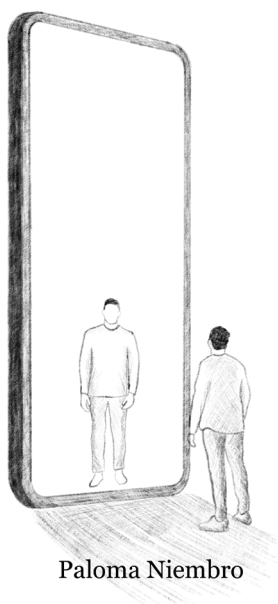
Pero, amigos, no hay que engañarnos. La mente es poderosa. Y nuestros miedos lo son más. Así que, no sé de dónde, una mañana amanecí pensando en el regalo que tenía en aquel pedazo de vidrio pulido que había colocado en la sala de la casa. Entendí por fin el poder de aquel portal a lo que mi mente quisiera que fuera. Y me dio miedo. Y pensé en lo que no tenía que pensar. Imaginé que alguien venía por mí y me llevaba lejos, para evitarle al mundo la posibilidad de encontrar cualquier felicidad o ruina que mi cerebro quisiera traer.

Y fue rápido. No quise ni ver al espejo. Temía lo que iba a pasar. Pero lo sabía. Entendía que iba a pasar. Y simplemente pasó. Mis miedos vinieron. Se hicieron presentes en aquellos brazos largos y fríos que me envolvieron en una milésima de segundo y me trajeron a este reino que está construido entre la nada y el todo. Aquí vivo ahora. Hasta que alguien se apiade y me busque. Quizá algún día alguien descifre este enigma en el que ahora habito.

Una puerta se abre. Lo veo desde aquí. Es la de la que era mi casa pero que aún sigue siendo, aunque no esté ahí. Es Rodrigo, uno de mis hijos. El más curioso de los dos. Y mira al espejo. Me llama. le respondo, pero no me escucha. Mi voz rebota en los miles de ángulos que se van formando entre el mundo en el que me encuentro y el mundo en el que él está.

De pronto todo empieza a girar. Es un remolino. Los cristales se rompen y estallan en un polvo fino que me corta y me une a la vez. Siento que mi respiración se acelera y mi cuerpo me abandona. “¿Papá?” es lo último que escucho antes de sumergirme en la nada que viene con la esperanza de encontrar respuesta a la pregunta sobre si hay algo más allá de este lugar.

El espejo me ha dado la respuesta antes de cortarme. Antes de que me estrellara en él.



Paloma Niembro

# Siempre aqui

Tania Itzel Yañez López

Son las 3 am, suena el teléfono a lo lejos.

Despierto lentamente y observo el techo de mi habitación con calcomanías fosforescentes con formas de estrellas y planetas que mis padres han colocado para mi.

Mirando las calcomanías imagino que viajo en una nave espacial y de repente me da un no sé qué, que siendo tan tarde me obligo a levantarme. Me siento helado.

Ni siquiera enciendo la luz, me pesa mantener de pie mi cuerpo. Mi ropa huele al suavizante favorito de mamá.

Doy unos pasos acercándome a la ventana, observo a través de ella y al fondo la calle está vacía, no veo autos, no veo gente, pues la hora no amerita que todo esté en movimiento.

Avanzo hasta cruzar la puerta, mis pies sienten la textura de la alfombra gris y áspera.

Continúo caminando hasta bajar las escaleras sujetándome del barandal dorado y brillante, al ir recorriendo cada escalón observo las fotografías colocadas en la pared, fotografías que plasman bellos momentos...cuando fuimos a la playa, la boda de mis papás, mi primer cumpleaños.

La parte de la casa que más me gusta es la sala; me dirijo a ella y me siento en el sofá rojo de gamuza que por años fue mío.

Aquí sentado, frente al televisor pienso en mi familia, en mi mascota Dais y lo espectacular que era ir a la playa o al bosque en vacaciones juntos.

Sentado en este sofá que quiero tanto, cierro los ojos y recuerdo y vuelvo a sentir la brisa del mar, escucho el graznido de las aves como si realmente estuvieran volando cerca de mí, pareciera que el piso de mi hogar se ha transformado en esa sensación de sentir la arena en mis pies.

Abro los ojos y mi mirada apunta al televisor viejo, mismo televisor que me entretenía por las tardes al observar caricaturas mientras mi madre cocinaba mi comida favorita y decía “cariño, no te acerques tanto a la tele o te va a hacer daño en tus ojitos “

Tengo una sensación de tristeza, mis ojos comienzan a llenarse de lágrimas, se sienten calientes; contemplo mis manos y me dan ganas de huir, pero ¿a dónde? ¿a dónde puedo ir si mi vida está aquí?, mis juguetes, mi ropa, mi familia, mi mascota. Todo.

Me levanto, me acerco a la ventana y al entreabrir la cortina observo a Dais durmiendo en su casita que la abuela Eli y yo hicimos una tarde soleada para él, di un paso a la derecha haciendo ruido con una envoltura de galletas que estaba tirada en el piso y que no vi.

—¿Quién anda ahí?

Pregunta mi madre temerosa al bajar corriendo la escalera que tiempo atrás también recorrí.

No supe qué hacer. Simplemente me quedé parado en donde estaba, vi como prendió la luz, volteó a todos lados y al no ver nada se tranquilizó.

Ella con gesto desconcertado se dirigió lentamente al nicho que hace poco más de un año construyeron en la esquina de la sala para mí, yo iba detrás de ella.

Se acercó cada vez más al altar que en lo alto reposaba una fotografía mía sonriente con mi jumper de mezclilla y mis tenis azules.

—hijo, perdóname, perdóname por haberte perdido de vista esa tarde. Te amo y te extraño con todo mi corazón, te amo mucho, hijo.

Comenzó a llorar cabizbaja, en su rostro era evidente que llevaba noches enteras sin conciliar el sueño, su cuerpo lucía cada vez más delgado.

Hubiera querido acariciar su cara y aunque sé que no me escuchaba le dije que todo estaba bien.

Quizá la culpa la tuve yo por correr tras de la pelota mientras parecía que ningún automóvil venía; quizá no fue culpa de mi madre si no mía.

Como sea, yo me voy a empeñar por seguir en la casa, esta casa que amo porque es de nosotros. Nunca me iré.



Valeria Bandala

# Un día en Beirut

Maggy Otaduy

Si hoy visitaras Beirut, comenzarías el día con un delicioso café libanés y un *manouche* de queso y *zaatar*, con suerte recién horneado en fogón de leña. Leerías el periódico para enterarte de los resultados de las últimas negociaciones entre Israel y Líbano por la delimitación de la frontera marítima, con las agresivas declaraciones de los líderes de partidos extremistas. Con mariposas en el estómago te imaginarías un conflicto armado inminente. Seguirías leyendo las secciones cultural y de entretenimiento y, con mayor tranquilidad en el alma, comprenderías que el tono violento es cuestión cotidiana, ... por lo pronto. Sin entender la complejidad ante el posible vacío de poder por la próxima salida del presidente en turno, y los demás temas de política interna, podrías optar por tomar un baño aromatizado con alguno de los múltiples productos de esencias naturales a base de aceite de olivo, que aquí se producen de forma artesanal, en mercados y pequeños talleres familiares.

Si hoy visitaras Beirut, se te antojaría pasear por los Beirut Souks, mercado reconstruido después de la guerra de 1975, siguiendo el trazado de los antiguos *souks*, pero con arquitectura y comercios modernos. No podrías, ya que, después de la explosión del puerto en 2020, los Beirut Souks fueron afectados y han sido abandonados para mejores tiempos. Decidirías, entonces, caminar por las calles de los distintos barrios, llenos de vida, buscando aventuras y sorpresas; y no te verías decepcionado.

A unos metros de la gran mezquita de Al Amín que comparte el cuadrante con la catedral maronita de San Jorge, la iglesia ortodoxa griega de Elías Melkite, la iglesia ortodoxa armenia y con ruinas fenicias y del imperio romano, te toparías con el barrio de Saifi, conformado de pequeñas calles que replican el ambiente arquitectónico de la época del protectorado francés. Paseando por las galerías que se concentran en esta zona, descubrirías el tema principal de los artistas: Líbano. Convivirías, en todo momento, con personas de una u otra de las múltiples religiones que en Beirut se practican. Caminarías junto a quienes visten desde alegres y reveladoras prendas de verano, tipo occidental, y quienes van cubiertas por algún *hijab* o *chador*. Unas cuadras más adelante, ya estarías en el barrio de *Mar Mikhael*. En la calle principal de *Gemaizeh*, podrías resumir la historia de Beirut de los siglos XX y XXI. Edificios que recuerdan las glorias de la época francesa, cuando Beirut fue el “Paris del Medio Oriente”, conviven con construcciones que muestran cicatrices de tiroteos y bombardeos ocurridos durante la Guerra Civil, con ruinas y basura acumulada después de la reciente explosión, y con relucientes remodelaciones de los últimos dos años. Galerías, restaurantes de comida local e internacional,

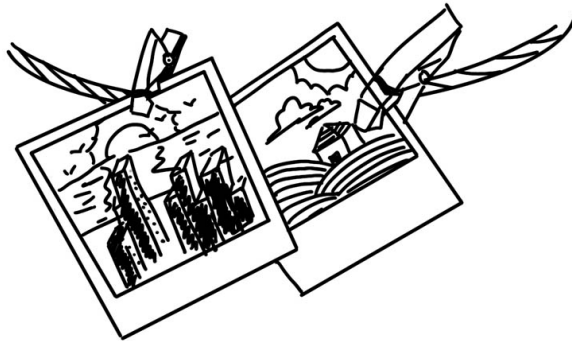
café sencillos, peculiares, o muy sofisticados. Un paseo ecléctico en una sola vía.

Sobre un huacal de madera, encontrarías un insignificante letrero escrito a mano con una invitación a pasar por una puerta de otra época, vieja, con carácter, con historias que contar. Siguiendo tu instinto curioso, te aventurarías a explorar el interior. Subiendo unas angostas escaleras se asomaría un jardín que te llama, como un oasis en el centro del caos urbano. Sin pensarlo, decidirías que es momento de un descanso y te sentarías en aquel café a tomar un refrigerio, libanés, por supuesto. Una refrescante limonada con menta o un *arak* y unos cuantos *mezze* te servirán como botana para seguir adelante en el calor del mediodía, aún húmedo y pesado, de principios de otoño.

Continuando tu andar por alguno de los barrios adyacentes, *Ashrafieh*, *Hamra*, *Sodeco*, o *Raouche* verías afuera de los comercios y de pequeñas tiendas de abarrotes, mujeres y niños de origen sirio o palestino que, con insistencia, piden ayuda con la compra de alimentos. Te llamaría la atención un hombre joven que se acerca con una caja alargada ofreciendo, en árabe, algo que no comprenderías. A señas se lograría comunicar y convencerte de aceptar sus servicios. Es un bolero, un lustrabotas quien, de inmediato, a mitad de la muy estrecha banqueta, y sin darte tiempo a pensarlo dos veces, comenzaría a desplegar sobre el suelo sus cremas, tintes, brochas y paños para comenzar su labor. Platicará sin importar tu total desconocimiento del idioma árabe, mientras acomoda tu pie en un ladrillo y arregla tu pantalón para no mancharlo. Entre señas y palabras comunes alcanzarías a entender que es sirio, y que tiene cinco hijos que alimentar. Extraña Siria, y no está contento en Líbano. Lo que no logra comunicar, pero que asociarías al recordar historias similares, es que huyó tratando de salvar a su familia de las masacres ocurridas en Siria. Ahora trata de sobrevivir en Líbano, donde se le discrimina y se le niega el trabajo. Vive al día, sin poder regresar a Siria, pues estará fichado como traidor al gobierno, y vive sin tener, siquiera, el derecho al sueño de un futuro mejor. Aún así, reirá contigo esperando una buena propina. Empezarías a angustiarte por el tema del pago justo, ya que, si hoy visitaras Beirut, te sorprenderías del costo volátil y arbitrario de bienes y servicios. Nadie sabe cuánto valen las libras libanesas, el precio varía a diario, y cada quien y cada cual, bancos, comercios, hoteles, o restaurantes, la toman como les apetece. Pensarás en un monto adecuado para una boleada, y al no tenerlo claro, decidirás darle unos cuantos dólares. El joven sirio se irá muy agradecido y bendiciendo tu generosidad, mientras tú continuarías tu paseo reflexionando el momento.

Si hoy visitaras Beirut, toparías con una linda tienda de artesanías, con objetos de cristal y de cerámica, textiles, alimentos, jabones y perfumes, postales, grabados, libros, todos ellos, de muy buen gusto, y reflejando el gran orgullo de los libaneses por un país que renace, una y otra vez.

Si hoy visitaras Beirut, toreando el terrible tráfico de autos Mercedes de los años 1950 que buscan avanzar, en constante forcejeo con últimos modelos BMW, o incluso Ferrari o Porsche, regresarías a tu hotel y, sin importar el número de estrellas que hayas elegido en tu hospedaje, los recuerdos del día no te abandonarían. Contrastes y contracciones, historia milenaria y actualidad llena de vida, convivencia de religiones, racismo y xenofobias, lujo y pobreza, política y economía en extremo complejas..., todo en una ciudad un tanto pequeña, pero muy cosmopolita. Y cuando llegara la hora, si hoy visitaras Beirut, disfrutarías de una cena, libanesa, excepcional.



*Valeria Bandala*

# Consejo Editorial

## Editora General

Cecilia Durán Mena  
cecilia@porescrito.org

## Editora Ejecutiva

Andrea Fischer

## Mesa de Edición y Arbitraje

Cecilia Durán Mena  
María Elena Sarmiento  
Virginia Meade  
Andrea Fischer  
Fernando Corona

## Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Ana Claudia Quintana Ramírez

## Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

## Foto de portada

*Expresión Incognita*  
Luis Schettino

## Radio

Cecilia Durán Mena  
Juan Carlos Padilla Monroy  
Raúl Sanz Suárez

## Producción del Programa de Radio:

Brandon Hurre García  
Fabianne Gutiérrez  
Sofía Aranka

## Cuarto de Guerra

Alumnos de la Universidad Anáhuac  
y Universidad del Claustro de Sor Juana

## Digital

[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)  
Ventas y suscripciones  
[ventas@porescrito.org](mailto:ventas@porescrito.org)

## Contacto

[contacto@porescrito.org](mailto:contacto@porescrito.org)  
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número cuarenta y uno. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.  
Circulación Diciembre de 2022 -Enero de 2023.